

Gesto



Revista de literatura, arte y pensamiento

Número 3 | Junio de 2024

Gesto

<https://revistagesto.com/>

EDITA

IES José García Nieto
Departamento de Lengua española
y literatura
Calle Camilo José Cela, 24
28232 Las Rozas de Madrid

COLABORA

Ayuntamiento de Las Rozas
Concejalía de Cultura y Educación
Calle Camino del Caño, 2
28231 Las Rozas de Madrid

DIRECTOR

Juan Luis Calbarro

CONSEJO EDITORIAL

Natalia Carbajosa
Luis Alberto de Cuenca
Sebastián Gámez Millán
Pilar García Faramín
Olga González Aguilar
Míriam Maeso
Eduardo Moga
María Ángeles Pérez López
Jorge Rodríguez Padrón
Tomás Sánchez Santiago

EMAIL

gestojgn@gmail.com

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Juan Luis Calbarro

IMPRESIÓN

PubliPrint24
Calle Astérix, 67
28521 Rivas-Vaciamadrid

Depósito legal: M-31698-2023
ISSN: 3020-3805



Tennessee Williams en los años 60. Fotografía sin fecha ni autor. Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Columbia, Nueva York.



Gesto considerará los originales no solicitados, pero no se compromete a publicarlos ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Sumario

POESÍA

Edda ARMAS ≈ <i>Tres poemas inéditos y una coda con Monet</i>	p. 9.
Natalia CARBAJOSA ≈ <i>Inéditos</i>	p. 13.
María Elena HIGUERUELO ≈ <i>Tres poemas recientes</i>	p. 26.
Renato GUIZADO YAMPI ≈ <i>Poemas</i>	p. 31.
Isabel GONZÁLEZ BARBA ≈ <i>Versos urgentes</i>	p. 35.
Anay SALA SUBERVIOLA ≈ <i>Dos poemas</i>	p. 38.
José Antonio LLERA ≈ <i>La ciudad y sus despojos</i>	p. 40.
Kepa MURUA ≈ <i>De Escribir y volar</i>	p. 43.
Jacqueline LOWEREE ≈ <i>Juárez, he deshecho tu humo</i>	p. 50.
Ignacio CARTAGENA ≈ <i>Selección de Europa cuando llueve</i>	p. 52.
Mateo RELLO ≈ <i>Historia natural del llanto y la sonrisa</i>	p. 59.

NARRATIVA

Pedro José VIZOSO ≈ <i>Una de las Teixeiras</i>	p. 67.
Diego RASSKIN GUTMAN ≈ <i>Tres conjeturas y media para un homenaje literario</i>	p. 75.

TRADUCCIÓN

Tennessee WILLIAMS ≈ <i>El final de la larga visita</i> (Introducción y traducción de Juan Luis CALBARRO)	p. 87.
Irina PAPÁNCHEVA ≈ <i>Dos pasos</i> (Traducción de Marco VIDAL GONZÁLEZ)	p. 95.
Josep Anton SOLDEVILA ≈ <i>Seis poemas de Soldado de noche</i> (Traducción de Jorge LEÓN GUSTÀ)	p. 99.

CUADERNO: MARTA AGUDO

Jordi DOCE ≈ <i>Recuerdo de Marta Agudo</i>	p. 109.
Marta AGUDO ≈ <i>Antología poética</i>	p. 111.

PUNTOS DE VISTA

José Luis GÓMEZ TORÉ *≈ Larga vida al surrealismo*

[Sobre el libro *La confusión de las especies*, de Jean-Yves BÉRIOU] p. 137.

Enrique VILLAGRASA *≈ Tormenta e ímpetu es la poesía de Lorenzo Oliván*

[Sobre el libro *Los daños*, de Lorenzo OLIVÁN] p. 138.

Antonio RESECO *≈ La crecida de las aguas*

[Sobre el libro *Río Cárdeno*, de Juan Ramón SANTOS] p. 139.

Natalia CARBAJOSA *≈ El castigo del exiliado*

[Sobre el libro *El castigo del exiliado*, de Antonio GÓMEZ RIBELLES] p. 141.

Colaboradores del número 3 p. 143.

Poesía



Edda Armas en su domicilio en Caracas
en 2016. Foto de Guillermo SUÁREZ.



Tres poemas inéditos y una coda con Moner

CAFÉ CON TOSTADAS DE PAN FRANCÉS

El plato del desayuno te siembra en un lugar inexacto
cada mañana, sin certeza de hallar lo que extrañas.
Sin orden, cuelgan los aromas de rizomas de la infancia
en cada quien, mientras despellejas frutas inquisidoras.
La nube espumosa de café la sirven en la taza de porcelana
con rosas y nenúfares que calienta las manos y el temblor.
Cada rostro transita colores que tiñen
cuando el desayuno no se ofrece para las diferentes hambres
cuando las moscas cubren lo que debió ser pura alegría
para quienes hambruna padecen,
en cualquier ciudad del mundo.

[Los pájaros no quieren
migajas
tampoco el pan,
quieren libertad]

CROMO MANCHADO DE GRIS

¿Cabalgan las ganas de decirnos alguna frase larga y sutil
entre rumores de lo mínimo, cuando fatiga la realidad y
la melancolía embosca la extrañeza aguda de los días?

En un instante de gris cromo, teñimos los instantes
sin despojarnos de todas las máscaras.

El hábito de repetir algunas palabras en el mapamundi
de los afectos en las andanzas tormentosas,
entre la tiniebla donde se forjan las almas cerradas.

Nada se dice de lo organizado silábicamente,
con la mirada fija en cualquier otro acento,
sobreentendiendo la proforma que somos
en el canto que nos contiene,

y en lo que nos hemos convertido,
en el modo cómo andamos
remontándonos entre ausencias
al transitar túneles y espejismos,
entre fantasmas y adioses.

ESPACIO DEL VERDE CROMO

La ojiva marca el recorrido de los deseos:
gozo al evocar cómo flotan los nenúfares
en el lago artificial cimentado por Monet.
¿Cuándo y dónde inquirimos este espacio?

Un territorio sensual donde pervive la obsesión,
donde sobreviven y croen eternos los sapos
y se reproducen libres como lo hacen las libélulas
los grillos y los mosquitos,
en su aletear alrededor de quien contempla el estanque
de los nenúfares y la vida reflejada desde el puente oriental,
halando al presente la urgida esperanza.
Las motas vuelan siendo signos vivos de algo.
La semilla libre también retorna en mota al viento.
Caerá a la tierra húmeda: será primero planta, luego flor.
Los adioses incendian la rosa púrpura inflamada,
áurea en el espacio del verde cromo.
El beso de despedida perdurará en la flor.
Sutil carnosidad de la que, con urgencia,
un día oscuro, nos prendemos.

LA ILUSIÓN destila y anima los actos. Le da forma a la temporalidad.
Abre candados a la promesa evocada en el territorio de lo sutil.
Motas. Nubes. Cerrillas. Envoltorios. Soliloquios. Semillas.
Así es que flotan las libélulas encapsuladas en la espiral sin fin,
sobre un pentagrama de sepias, blancos y ocre yuxtapuestos.
Ovillos. La aldea de almas reúne hilillos de voces.
Voces menudas, apenas susurrantes.

Hojas menudas disponen el tapiz de los verdes aéreos que no tocan piso.
De terciopelo, lustrosas, rugosas, pecioladas, simples, lobadas, sésiles.
Caen con las ráfagas del viento otoñal las sagitadas y las acorazonadas.
Tomo tres, testigo me hago de sus asimetrías, de su latir en la espera.
Enlazo obsesiones. Dédalo manso en la palma de la mano.
A la hoja caída le pregunto por las pisadas del jardinero que fue Monet
quien apenas salía el sol hacía su primer recorrido, quitaba con paciencia
las hojas secas, fumando tabaco, dejándose tumbar en la gramínea para
[soñar

debajo de las nubes sobre los campos de cereales de Pourville,
llevándolos al lienzo, de igual manera los deshielos del Sena,
los gladiolos dentro del jarrón chino, los campos de lirios amarillos
en Giverny, los campos de tulipanes en Holanda,
el efecto vespertino del Valle del Creuse, recodo dorado de un río,
las gavillas al final del verano, la belleza
de las panorámicas en los acantilados,
el bullicio de los instantes y las esquinas
del laberinto en su jardín infinito.

TIEMPO VIVO

Cuando todas las cosas hablan.

Se busca un lugar preciso,
se cambia un color por otro
(cuaderno de tapa roja,
cuaderno de tapa verde).

Se advierte la estación: aire más fresco,
sol ladeado y punzante.

Las copas de palmeras tras el muro
y en la torre del muro opuesto
(la espalda le ves) tres
campanas, tres
que no habías visto antes...

y buena compañía: soledad.

Y que duren las extraescolares
a la poblada sombra del ficus.

Y que flote el pensamiento
como exacto oxímoron
de la naturaleza:

raíces aéreas,
tiempo vivo.

CASI

Si las ponemos juntas, son
¿doscientas horas
de una vida?
¿dos mil?
¿doscientas mil?

Sigue siendo casi
nada.
Sin contar
con que hay que seguir viviendo
el resto de millones de millones
de segundos.

Pero ah, de esa avara
cosecha
queda algún grano que otro:
uno...
dos...

... casi
poesía.

INTERROGATIVA INDIRECTA

*No dejes libre entonces
ninguna fisura
ninguna herida olvidada*

Pedro Arturo ESTRADA, «Perfecta irrealidad»

**Cuándo empezó a suceder
si es que de verdad hubo un comienzo.**

Y por qué a veces se ausenta
y ocupa su lugar como un
revoloteo de certeza
al albur de un manotazo
de la mente.

De qué color,
a qué sabe,
si es posible verla venir. Por qué
no les llega (o sí) a los demás.

Y al quedarse uno quieto,
callado,
si igualmente acecha, lo reviste
de extraño de sí mismo.

O si era uno antes el extraño.

ARRAIGO

Usar el ancla de las palabras
para no salir volando,
no cambiar
a capricho de los vientos
el rumbo,
la derrota.

Hoy corresponde un poema-raíz,
unos versos bajo tierra.
Desde este faro a la inversa
entre la niebla y el barro
son tenues y dispersas las señales:
arcilla en sordina.
Pero no se disipa
su sabor acre,
su verdad al ras.

El mundo gira y gira
y permanece,
semilla abisal,
el poema.

LAS MEJORES COSAS NO SE PIDEN

ni se dan
solo las capta el genio
que se manifiesta
en los días de nada
y de nubes,
 que se entrena
sobre el firme movedizo del sueño
 y allí quedan
las mejores cosas,
sin registrar:
ósmosis ciega,
por un día rey
su único dueño: el tiempo
no captado
salvo por el genio
que se manifiesta
en los días de nada

y de nubes

LÍMITES

Donde acaba la piel y empieza el tacto
donde acaba el cristal y empieza el mundo
donde acaba el sueño y empieza la vida

donde empieza la vida: en el sueño
donde empieza el mundo: a este lado del cristal
donde empieza el tacto: piel adentro

CUEVA VICTORIA

La historia empieza en la roca.
No hay texto sin ella. Caliza
manchada por el hierro
-bendito delator-
orientado hacia el norte
 cuando el norte
era su reverso.

 Comienza la geografía
en los sedimentos:
cabeza de fémur de caballo,
colmillo de mamut,
diente de hiena
incrustados aleatoriamente
en precisa brújula de argamasa:
ruta de tierra, sin agua,
de continente

a continente. Y luego la industria,
en el negro del negro mineral:
un niño
con mochila de esparto
-temeraria avanzadilla-,
dedos palpando en la oscuridad
la veta del mudo manganeso
que esconde tras su túnica de aristas

la falange
de otro niño...

novecientos mil años
en un solo palimpsesto
y un solo, común
tatarabuelo.

FRANK LLOYD WRIGHT SUPERVISA LA CONSTRUCCIÓN DEL MUSEO GUGGENHEIM DE NUEVA YORK, 1957

(Fotografía de The Frank Lloyd Wright Foundation, Scottsdale)

I

Se diría un *tableau vivant*:
composición orquestada con esmero a mayor gloria
de la cámara que capta y no
de su central figura,

derecho y vigoroso
nonagenario, atuendo casi incongruente
allí: sombrero negro, fular y gabardina,
índice y bastón que, apuntando en paralelo
a una plancha de metal,

encuentran la mano y la mirada
del capataz,
cejas negras subrayando la atención
y luz haciendo lo propio sobre gorra, mano y plancha
contra el mono oscuro.

Entre ambos
un tercer personaje –mono y gorra del oficio
pero mayor altura– proporciona
acertada
triangulación.

II

Tres figuras, pues, al centro
contra un fondo de cabal
geometría de ventanas

pero como flotando, surreales
entre hierro y madera plenos de aire. Diáfana
provisionalidad, igual que el tiempo,
el andamiaje.

III

¿Y los demás?
A la espalda del trío, a la izquierda,
otro obrero, dos más a la derecha.
Se inclinan, observan, escuchan...
Sonríen.

Resaltar de: gafas, visera
levantada, razas, gorra a cuadros, cruz
al pecho sobre camiseta blanca,
brazos morenos.

¿Se advierte, tras su afable expresión,
indicio de ironía? ¿O es quizá la cámara
enunciando en sus labios
cierto deje burlón,
que no hiriente?

IV

Y hay dos más: agachados
cual sobre improvisadas, verticales
candilejas
otorgan al fondo de edificios
y a las figuras en pie
un frente compositivo que reitera,
horizontal esta vez, la cifra tres.
Uno vuelve la cabeza
hacia el trío central,
perfilado el escorzo
por la luz. Observa el otro
—*alter ego* no buscado
de un enano de Velázquez—
a quienes le observan,
regala un cuarto vértice
al triángulo central, refocaliza
el eje de la imagen —sonrisa
franca también— e interpela
en el tiempo y a través del tiempo
desde el blanco de gorra y camiseta y
desde el negro de ojos, cejas, vello y surcos en la frente
a quien le interpela
.....
sin dejar de sonreír.

ANIMALES SUELTOS

(Sierra de la Culebra)

Pasa el AVE por aquí,
pero no para:
¿por qué habría de hacerlo: recoger
a un par de ancianos guardianes
de un pueblo semiabandonado,
o a esas esbeltas exhalaciones
—destello en cornamenta—
que de vez en cuando cruzan
—como indica la señal—
la parcheada carretera sin arcén
frente al suave lomo de la sierra, también ella
salvaje, aunque estático animal?

¿Qué habría de aprender de la poesía
de la velocidad
—su brinco de belleza futurista
una puerta fugaz
que abre el tiempo sin tiempo—
el frenético ariete de hierro
y desmemoriado acero?

CONTABILIDAD

*En el silencio acuden.
Insisten en la memoria débil.*

Dionisia GARCÍA, «Las palabras lo saben»

Podría preocuparte. Te preocupa
tanto haber —existido y olvidado—
que entonces habitabas; ahora es humo
de caras, calles, nombres, fechas: tanto
así desatendido, improviso
inventario... pues hoy tu ser darías
por traer sobre el gastado albarán
otra vez claridad, aun dolorida.

Porque el error ya en la mente aletea:
dejar caer monedas sin saber
que las cifras de vuelta borrarían
las aves acuñadas por el tiempo.
Cada vez más liviana, tu cartera
su crédito finito va perdiendo
y se cobra su parte, pico en cláusula,
la antigua indiferencia: «el propietario
de esta débil memoria no podrá
emplear con carácter retroactivo
su hipótesis de riesgo: haber sido».

Tres poemas recientes

METEMPSICOSIS EN FLOR

Entre los olivos, conversamos:
tu fantasma adopta la forma de las aceitunas,
diminutos gorriones dormidos hacia dentro;
tu voz en la profundidad del hueso minúsculo.
Alguien dijo alguna vez: el silencio es un sonido
que escuchamos todo el tiempo.
Si presto atención, mi oído ve
tu palabra empolvando la trama, tu palabra
esparcida en la tierra, tiñendo de plata
el caldo que lavará tu cuerpo repetido.

Tu cuerpo repetido:
el canibalismo, una nueva profesión de afecto;
mi manera de buscar tu corazón, tu manera
de volver a nutrir. Volvemos
hacia fuera el verbo pedúnculo:
se parece a nacer de nuevo.
Te hablo, mientras, desde un lugar distinto.

... Y en tu sangre cabe toda la luz del sol,
nuestro amor cultivando frutas
que desafían a los nombres.

PARÁBOLA DEL SILENCIO

The technology of silence
The rituals

Adrienne RICH

Nos sentamos a una distancia prudente,
la justa para que el agua no nos roce,
y seleccionamos con esmero algunas
de las piedras que se nos clavan en los muslos.

Tú las lanzas con destreza:
el canto abre un boquete en el agua,
una herida que cicatriza en el acto.
Observo el retroceso del codo,
la curva parabólica de la ofrenda;
recuerdo que un día supe
estudiar la mecánica del movimiento.
Lo intento yo entonces:
busco un guijarro blanco, redondo;
contemplo la belleza de la erosión.
Para desprenderse de algo
hay que haberlo amado antes.

Procedo al rito. Arqueo el brazo.
Yerro.
Constato la inutilidad de las fórmulas
para los gestos sagrados

pero no digo nada. Tú tampoco.
El silencio es un pacto de derrota.
En algún momento nos pondremos en pie
y nunca volveremos a este sitio.

LAS PAREDES AZULES

Anhelábamos la infinitud del mar,
así que abrimos la tierra:
hicimos un hoyo de cemento.

En una tumba de agua,
un cuerpo flota boca arriba
como se sostienen los astros:
deformando lo que los rodea,
engarzados en la nada.

Un cuerpo flota boca arriba
y hunde su espalda en el sueño
mientras algo le abrasa el vientre
y la nariz.

Una hebra invisible
secciona en dos la carne,
reparte entre dos mundos los sentidos
 (¿a qué lado del umbral
 quedará el corazón?)

La luz le perfora los párpados; sabe
que la oscuridad no es nunca negra
porque no existe el color
cuando se cierran los ojos. Nada más
que una ceguera traslúcida.
Algo que late en los oídos.
Un funeral en el cerebro.

Por un instante olvida los bordes,
prolonga el agua más y más y más
allá de sus límites, liquida
las paredes azules. Cruza.

Choca.

Alguien que se baña
en un trozo de inconsciente:
quizá los poemas no sean
tan distintos de las piscinas.

Quizá la muerte se parezca
a un simple día de verano.

Poemas

CANCIÓN DE CALIXTO

... si en esos tus semblantes plateados...

San Juan de la CRUZ

1

(Arriba de las aguas
duerme Salamanca)

Mi corazón entre nubes
nada trasluce

Si acaso se escurriese
por las altas paredes

(Salamanca despierte
sobre la corriente)

Si solo fuese un agua
que palpitase clara

charco feliz del suelo
y así copiase tu perfil moreno

2

Qué surcos de tu pupila
Tormes
clarea más el sol?
Qué crines del sauce
copia tu frente como sendas
donde miro galopar
mi no saber de mí
sino la arena deseosa
del haz
que negándose tras los muros
disuelve
puentes
en la mirada?

3

No conservamos
la sombra del ave
tampoco el eco
del agua en la tela
pero hay viento y hay espacio
donde la duda inunde las estancias
brote sus limpios pechos
y ahí el sol
sea un cristal vacío
un instante
hecho a nuestra extensión

MARINA

Qué vientre es ese que palpita entre dos brazos?

Qué dedos los que desembocan en la escápula
haces que urden su ciudad dispuesta a sumergirse
a ser solo el tantán de sus iglesias en la niebla
de gaviotas y de quillas en las que no navego
donde mi rostro fue traspuesto por el sol?

Y qué cama
esta que no habito
pero me habita
en el naufragio que hoy es mi sangre?

INVOCACIÓN

Instante de la luz
que acaricias otra sombra incontenible
quiebra este pensamiento quiebra
su techo alzado contra el firmamento
sé viento en que deslícese
las hojas
al río donde ningún eco existe

ISABEL GONZÁLEZ BARBA

Versos urgentes

YO QUIERO,
igual que tú,
el día perfecto eterno
la sal en mi piel.

El rayo sobre los párpados cerrados,
la luz alrededor del círculo negro;
cambia de color
tiñe el tiempo
lo deshace
lo convierte en línea divisoria
entre el cielo y tú.

Comerme la voz;
rasgaré este verso.

Te lo ofrezco
una parte es tuya
la otra
ceniza.

1 de marzo de 2024

PUEDO DESCRIBIR
cómo es la oscuridad del pozo.

Ver con los tuyos
sobre mis propios ojos la humedad.

Sentir el musgo
con mis pies descalzos
con miedo a caer (otra vez).

Si no quieres ver
tapa esos odiosos oídos.

Nada puede evitar el aire viciado
dentro de ti;
el mismo habita mis pulmones
y tiñe de ocre
tu recuerdo.

11 de marzo de 2024

MIS PIES.
Se apoyan
sobre brotes recientes.

Castañas
dejan asomar
una extrañeza
sujeta
en mis dedos.

Bellotas y hojas
caídas
descascarilladas
esperan húmedas
junto a líquenes
y hortensias
la vuelta.

Ciclo
Círculo en primavera.

23 de marzo de 2024

Dos poemas de *Medidas cautelares*^x

MEDIDAS CAUTELARES

Cubrir la espalda
con un mantel de trapo.

Posponer algunos fastos de lugar.

Esconder la baratija que desvela
que el amor, el amor,
no será suficiente.

* Pertenecientes al poemario *Medidas cautelares*, El Prat de Llobregat: Rúbrica Editorial, 2012; segunda edición, Barcelona: Libros de Aldarán, 2022.

AQUELLO

Esto
es solo una ventisca.

Un zarpazo del agua,
una requisa.

Una página en blanco,
una hoja sisa.

Pero aquello

Aquello fue perder.

La ciudad y sus despojos^x

Lo que dejó de comer la corneja se lo comió el avestruz.
Lo que el avestruz deshizo con la punta de la pata lo engulló el león.
Lo que el tigre dejó colgando de la acacia, se lo llevaron los monos.
León Hebreo dice que cuando se ha obtenido la cosa deseada, aparece el amor y falta el deseo.
Lo que se comió el amor en la esquina en sombra, lo devoró antes el deseo, y dejó los restos esparcidos por las ingles (masticó las escápulas).
Tarde llega siempre el cordero a las yerbas que no consume la perdiz.
Las palabras escapan siempre a quien viene a confiscarlas, escogen los repliegues de la carne donde no alcanzan las cucharas ni el torniquete.
El deseo es una coruja.
El amor viene por el venerito. Ahí lo tienes.
Lo que se ha comido la corneja es el techo de la cabaña.
Lo que se tragó el niño por descuido hirió al capellán.
Lo que se comió el avestruz se lo hurtó a la corneja.
Lo que masticó el vidente era la corona rota del rey.
Vivo de restar.
Así como el amor presupone el ser de las cosas, el deseo lleva en sí la privación de ellas.
Me das a probar sake en un STARBUCKS, me lo haces apurar y luego me miras fijamente.

^x Perteneciente a su libro inédito *Los niños espiritistas*.



Kepa Murua. Foto de Álex LARRAURI, 2024.

De Escribir y volar^x

EL PARAÍSO

Me gustan los libros que hacen preguntas.
Hace meses escribí uno muy silencioso,
con más interrogantes que nubes claras.
Su dibujo era delicado, transparente,
como el de la memoria que se pierde
en el vuelo que se recobra en un instante,
sobre un paseo de playa de arena blanca
desde donde se ve el mar y el horizonte
parece un barco a la deriva tocado por la niebla.
Parece que habla de lo que no se dice,
pero no me importa. No estaba hundido,
sino que navega a ciegas: a una edad
se sabe que los secretos no son importantes.
Un buen amigo me dijo que el paraíso no existe.
Me desconcertó su convencimiento.
Nos reuníamos en un bar llamado «El infierno»
y con los años dejamos de hablar de nuestras cosas
para hablar de las de nuestras madres.
A él le dijo la suya: «ha pasado algo que no sé,
la ciudad está alegre, la gente vuelve a sonreír».
A mí en cambio: «no olvides ser bueno,
todas las noches le pido a Dios por ti».
Las preguntas no se desvanecen,
antes que ellas se acaban las respuestas,
pero no me atreví a indagar

^x Cinco poemas pertenecientes a su libro inédito *Escribir y volar*.

qué era eso que mi madre pedía.
Me imagino que Dios tiene asuntos más importantes
que pensar en los problemas de un poeta
que nunca ha podido comprender el mundo
y mucho menos desde «El infierno».
Son olas que van y vuelven.
Orillas de un despertar junto al cielo.
Tampoco le pregunté si me comprendía.
Pequeños secretos sin miedo,
sin temor a no encontrar una pregunta.

TODOS LOS DÍAS

Todos los días me pregunto por mi oficio.
En invierno lo hago a primera hora.
En verano suelo hacerlo por la tarde.
Dejo la noche para el otoño
y en primavera cuando camino por la calle.
Os preguntaréis por qué lo hago.
Comencé hace años ante la página en blanco,
después de haber quemado una caja con mil poemas,
y desde ese día, cuando aún no había cumplido los treinta,
llueva o luzca el sol, esté solo o vaya acompañado,
todos los días lo hago para saber si voy por el camino correcto.
¿Qué une a aquel incendiario de este hombre sosegado?
Los mismos ojos, un cuerpo distinto, las ideas
que van cambiando, el tiempo que se vive despierto
y el sueño que descansa un tanto inquieto.
Pensaba que eran cosas de la juventud,
pero observo que son de los adultos:
la duda, la conciencia, el presente
que pocas veces recuerda el pasado, los aciertos
—algunos—, y los errores —demasiados—,
el mundo que cambia y la escritura
nos lleva a los muertos.
¿Los vivos escuchan la poesía en silencio?
Envuelven la escritura con ruido.
Me pregunto sobre la validez de mis labios,
sobre cómo se oye mi voz en esos oídos, cómo sienten

que siento el tiempo que se me va de las manos.
Las manos que son dedos. Los dedos que son amigos.
Los amigos que están muertos y hablan conmigo.
Todos los días los recuerdo ante la página en blanco.
Escribir es volar ante un vacío doble:
te quedas quieto y parece que mueres,
te mueves y parece que no cambias de sitio.

CUATRO ESTACIONES

El verano tiene una renuncia:
me hubiera gustado que estuvieras a mi lado.
Cuando estuve en el hospital
y tú vagabas por las calles
la realidad se elevaba sobre lo que sucedía:
no hubiera perdido el tiempo como lo hice.
También cuando cumplí los cincuenta:
me hubieras escuchado con una sonrisa.
Soy un hombre torpe; incluso cuando un joven
me dice que le recomiende un libro mío
y un vaso de agua fría tiembla en los dedos.
Yo le hablo de alguno tuyo,
que del último piso caíste al vacío.
Dijeron que era suicidio,
cuando podría haber sido enfermedad
o sencillamente miedo al futuro.
Me siento un hombre pequeño:
el hielo en el agua,
el invierno en la primavera.
El águila arriba.
El otoño en la piel del suelo.
La mano amiga.

EL BRILLO

Nos asusta mirar hacia dentro,
pero el árbol tiene esa hoja verde
tan fuerte como tu brazo.
Con la mano escribiste un poema
que nadie leerá a tiempo.
Podría ser una carta que se escribe
a un presidente de un país rico
y que no llega a las manos de su secretario.
Cada vez que miras al cielo
las tres cigüeñas se posan en el huerto.
Son tan distintas en la hierba.
Alargadas como una frase
que cae en el interior de tu alma,
se posan como una vela enorme
que se derrite hacia abajo.
Me gustaría saber qué es lo que piensas
cuando no cambias la firma con los años.
Nos asusta, pero sus nidos
se ven en los campanarios de la iglesia.
La puerta está abierta, no hay nadie dentro,
pero tú ya estabas en el brillo desgastado
de las palabras que nadie oye cuando los labios
buscan el sonido de la tierra.
Sus picos alargados agujerean los surcos del camino:
con hambre, el sueño de los países pobres.
Y en su reflejo: el vuelo de los desterrados.

PATRIA

No creo que mi canto mejore la historia
que como una pantera enjaulada
vive encerrada en un libro.
Las rejas invisibles de las ideas,
el silencio de los asesinados,
nombres iguales a los de hoy,
rostros que pasan páginas que sostienen manos,
no creo que añadan nada nuevo
a lo que hoy vivimos.
Las patrias de los periódicos,
las banderas en camisetas ceñidas,
los llaveros que cuelgan del bolsillo trasero
de unos vaqueros desgastados,
joyas que un día se guardan en casa
y robadas se encuentran en las páginas
de una solitaria celda que es la vida.
No creo que a nadie le importe.
Después de todo lo que se dijo,
lejos de la cerradura de la garra de la bestia
se encuentra la llave inocente.

Iuárez, he deshecho tu humo

He deshecho el humo del desierto,
me he sacudido de sus terrenales
evanescentes como el remolino de viento,
rodantes como el matorral disecado,
andantes como el alacrán ermitaño.

Ya no me queda más que
la vaga punzada en los pies
de su imagen translúcida,
el olor fantasma a manteca
petrificada sobre su asfalto,
el reflejo sobre el agua negra
estancada en los baches de sus arterias,
y el lejano tarareo de aquel pachuco
cuyas canciones ni recuerdo.

Es esto el partir y no volver
al lugar del credo,
a la infancia arrebatada,
a la lucha sudorosa
bajo la lupa que tergiversa
los rayos del sol que van pintando
los ojos de negro y la piel de canela.

Sobre esa huida se sella
la sensación picante en el paladar,
antojándose, por puro masoquismo,
de aquellos sabores tan hogareños.

No hay puente que impida el paso
ni muro que me clausure el reencuentro,
no hay biblia por leer que diga la verdad,
ni noticiero que espante mi anhelo.

A pesar de tanta seducción,
me mantengo, con audaz ironía,
paralizada
entre este azul y buenas noches,
entre este punto
tan lejano a lo que me es cercano.

Selección de *Europa cuando llueve*^x

LA ESPOSA DEL VIOLISTA

La esposa del violista era invidente.
Se habían conocido en los primeros
compases de un concierto de Corelli
en un teatro tenue de provincias.

—Hoy he paladeado —ella le dijo—
las notas que se escuchan siendo ciega.
Y entonces él tomó su mano pálida
besándosela tibia, castamente...

Llegó, discreta, la fama de los músicos
(Viena, París, Londres, Estocolmo),
la casa en las afueras de Lucerna,
la viola, una *Guarnieri*, a treinta años.

Llegaban al teatro sonrientes y puntuales
(«*la cieca e il marito*», los llamaban en La Scala).
Él iba por delante, como un perro lazarillo,
(bastón, programa en braille, asiento para minusválidos).

Después, tras los saludos, el violista
guiaba a su mujer entre pasillos
(colillas, nervios, fundas de instrumento)
al *tempo* azul de hoteles con moqueta

* Estos poemas pertenecen al libro *Europa cuando llueve*, de próxima publicación en Los Papeles de Brighton.

y allí, junto a la cama, le quitaba los zapatos,
las medias. Le ponía un camisón
ligero, agua con gas, media pastilla.
Y a veces, le leía una novela...

Se habían prometido tener hijos.
Algún día.

Sofía, Hotel Continental, enero del 89

UN CUADRO DE ALEKSANDR DEINEKA

El óleo espera, todo cuarteado,
su turno en un rincón de la subasta.

Tú corres por la orilla como Stalin
te trajo al mundo:
sin más vestido que un pañuelo rojo.

Te paras, nos observas: la arrogancia
del muslo, la franqueza del ombligo,
la pálida cintura insobornable,
los gestos luminosos, afilados.

Detrás, un escuadrón de pioneros
—con cuádriceps de acero y aluminio—
circula en formación y sin mirarte.

Se trata de un buen cuadro, está bien hecho.
Pero esa indiferencia que tu cuerpo
suscita entre la tropa adolescente
no acaba de encajar en la utopía.

Se intuye un fondo trágico, enfermizo.

Es un día de sol en el Mar Negro.

Yalta, enero, 2002

CLAVELES

No importa que te abrace y, con un gesto de confianza,
te diga que aún tengo controlada tu cintura.

No importa que te explique que, con una señal mía,
mis huellas dactilares tomarían tus caderas.

No importa que imagines que conservo mi carisma
(que he puesto a mis gendarmes en las pecas de tu espalda).

No importa que te diga que seguimos siendo uno.
No importa que tengamos incontables partidarios.

Pues nada puedo hacer contra los sables en tus ojos:
ya estás tramando un golpe contra el tiempo que nos queda.

Lisboa, 2002

DORMIR SEPARADOS

Tomabas la pastilla efervescente de mi nombre,
disuelta entre lo poco que quedaba por decirme.

En otra habitación dormía yo, pero al contrario.
Tu nombre entre mis labios y tu olor entre mis sábanas.

—Te mueves demasiado —me habías dicho un día—
y roncas demasiado. Será hasta divertido:
Te mudas esta noche al dormitorio de invitados. ¿Recuerdas?
Hacíamos lo mismo en casa de mis padres.
Tan solo habrá un tabique. ¿Ves? No es ningún drama.
Ya somos mayorcitos. —¿Y los niños?
—Pues qué más da qué piensen, si ya no nos hacen caso.

Pero hoy todo lo inunda este silencio inesperado.
No escuchas mis ronquidos. Fantaseas:

«Ha sido fulminante... El corazón...
No, no estaba enfermo.
Sí: a su padre le pasó lo mismo».

Sonríes al pensar que te pondrías cualquier cosa.
Te irías sin siquiera comprobar que no respiro,
dejándome, cadáver, tu almohada entre los brazos.

Ginebra, 2015

MASHA

El perro te enseñaba desde el borde
los dientes, aún de leche.

Un dóberman criado a biberón.

El amo lo tenía bien sujeto por el cuello
a un punto de ahogarlo. —Si lo suelto
te come —bromeaba.

Veías el acero con espinas en el cuello
y el oro del reloj en la muñeca.

Tu edad perdía pie en la parte lenta del *jacuzzi*.

Marbella, 2016

CALIMA

Cual ánfora de barro, torneada desde dentro,
de niña recorías, por sendas invisibles
el tramo de sabana entre la escuela y el poblado.

–*C'est l'harmattan qui passe*
–decían los ancianos al mirarte.

Hoy corres otro tipo de distancias,
te acercas a los coches.
Alguno se detiene.

Te fundes con tu grupo de gacelas,
te acercas a beber al agua tibia

y temes al león, al leopardo.

Cerca de Barcelona, 2018

Historia natural del llanto y la sonrisa

Mis lágrimas son perlas que caen al mar.

Chelique SARABIA

1. SE LLAMA HIPOTÁLAMO

Bajo la cama de los que se aman:
tanto es su secreto, y es tan delicado: su nombre
ahí lo oculta, como en el cerebro
discurre, cardinal, por debajo del tálamo.

2

Tanto es su secreto como son evidentes
su regulación, su paroxismo: los decretos
que maquina en la sombra
van al día vital, se manifiestan
en la luz de la piel, pero son un misterio
los gestos que los muestran.

3

Su fábrica viene detallada
en manuales y los niños doctores
hablan de aminoácidos, de péptidos
y otros licores lunares.

Alquimista

depuesto por la química, ni él recuerda ya
cómo fraguaron sus declinaciones.

4

Cuándo aquel casi mono, casi hombre,
ante el intruso o los aliados,
precisó más la mueca,
mitad saludo y advertencia.

Cuándo pasó de exhibir dentadura
al gesto modulado, raro y rico
de sonreír.

5

¿Ya señalaba y ya decía?
Pero cuándo al agua, las proteínas y las sales
sumó la leucina, que alivia la pena,
cuándo el cerebro le reclamó más sangre,
oxígeno y glucosa por minuto,
y pasó la frontera del gañido,
hasta que concretó el planeta
de su dolor en una lágrima.

6

Quiénes, cuándo,
siguiendo a sus músculos faciales
como a cometas, sorprendiéndose
a sí mismos en el vuelo del gesto,
enmarcaron el gozo en los labios.

7

Dicen que, acaso, por manifestar
sumisión o suscitar piedad,
—perdona a este indefenso
animalillo—, pero siempre
una violencia en el origen.

En cualquier caso quién, en qué eslabón
arcaico de la cadena, para aliviar
la amígdala cerebral,
después llamada alma, quién
tiró del hilo y se arrancó una lágrima.

8 LÁGRIMAS

No quedó fósil perlífero
que diera testimonio,
el suelo las bebió, se evaporaban.

Efímeras,
no podían cuajar
en la memoria de la piedra.

9

Ayúdame tú, latín
de las gentes muertas.
Sabes tú si fue el *Homo naledi*,
si antes el *heidelbergensis*

o incluso los *neander* que, piadosamente,
enterraban a sus muertos, pintaban
en perdidas claves geométricas
y se ornaban el cuerpo,

quiénes, latín,
o todos su poco.

10

Nacida en lo recóndito que guarda
los neveros, en la cumbre,
un calor la libera del hechizo invernal.
Se condensa, comienza su descenso
adaptada a los surcos de una tierra
reseca y dolorida,
hasta que la detiene una vegetación
que no medra con ella:

tumbado,
miro al techo,
siento la lágrima
rodando por mi cara en su caricia.

11

Tarde aprendí y descubrí muy tarde
este oficio del llanto,
tandas de 10 minutos porque agota,

doliente humanidad que incluso en esto
es inconstante.

En cuanto a mí,
tarde lo supe y aprendí muy tarde
el don del llanto, pero tan bien que hoy
me veo solo en algunos decires:

hoy vengo de mis ojos
muy fuertemente llorando.

12

Patria, la de los músculos
bajo la piel, su esfuerzo y su labor.
Patria, la de la piel,
las glándulas y humores que contiene.
Patria, el linaje amado
de los ignotos casi monos y hombres
casi, dubitativos y esforzados todos,
que en nosotros concluyen tanta ingrata
sofisticación,

mecánica e historia de los gestos
que, inexorable y caudal,
nos lleva hacia la muerte.

Narrativa



Vna de las Teixeiras^x

CUANDO mi madre era todavía una mujer muy joven, sus mejores amigas eran las hermanas Teixeira. Las Teixeiras eran nuestras vecinas de al lado. Yo veía las escaleras exteriores que daban a sus graneros de maíz y de trigo, los establos donde estaban las mulas y los aperos de labranza, su huerta de albaricoques y sus sembrados de patatas desde nuestra propia huerta en la Casa Vieja. Ese paisaje era siempre el mismo. Nunca lo vi cambiar. Nunca hicieron reformas, nunca vendieron nada. La casa de ellas siempre se quedó como yo la recuerdo. Sigue siendo la misma después de tantos años, ahora que ya ni siquiera están ellas. Solo que más abandonada y decrepita.

Las Teixeiras eran tres hermanas que solían venir a charlar con mi madre por las tardes, cuando ella estaba en la cocina preparando la merienda para sus hijos (mi hermana mayor, yo y el hermano que me sigue a mí), que llegábamos de la escuela con un hambre de lobos.

Las Teixeiras tenían dos hermanos mayores, pero a esos yo casi no los conocía ni los veía mucho.

Las Teixeiras eran las tres muy hermosas. Estaban más o menos en sus veintes, como mi madre entonces, excepto la más joven que tendría dieciocho o diecinueve años y que se llamaba Susana. La mayor era la mejor amiga de mi madre y habían estudiado juntas. Se llamaba Inmaculada y mi madre siempre la llamaba Inma. Mi favorita era la del medio, Paloma, pues era muy cariñosa conmigo. Yo sentía una inexplicable atracción de niño por ella, que se concentraba y concretaba sobre todo en sus grandes pechos, que me atraían misteriosamente. Supongo que me habría gustado que ella fuera mi madre y me recreaba en esa idea sin ser muy consciente en realidad de lo que estaba pensando.

Ninguna de las tres tenía novio. O si los tenían, yo nunca las veía con ellos. Tampoco veía a sus hermanos mayores, que salían muy temprano en

^x Este relato pertenece al segundo volumen de *Profundidad de los libros*, titulado *Amores artificiales* y que permanece inédito.

la mañana e iban a trabajar en las eras que tenía la familia cerca del campo de la Seara o en el Cerdeiro.

Un día al volver de la escuela entré en la Casa Vieja (es así como la llamamos ahora para distinguirla de la nueva que después construyeron mis padres) y encontré a las tres en el pasillo de la cocina.

Un rayo de sol, a esa hora de la tarde en que la luz se vuelve como más dulce y espesa, a través de la ventana, iluminaba a las tres, que siempre se alineaban en la pared de mayor a menor y conversaban con mi madre, atareada en la cocina.

Me saludaron con el cariño que las mujeres jóvenes que aún no tienen hijos, pero esperan tenerlos algún día, derrochan en los hijos de sus amigas, a manera de anticipo de lo que vendrá, por exceso de gozo y abundancia de reservas.

Era al comienzo de la primavera, cuando a veces se da uno de esos días soleados que ya casi anuncian el verano. Había tanta luz en ese pasillo que las tres parecían flotar en su resplandor. Como era la hermana del medio, Paloma estaba, naturalmente, entre Inmaculada y Susana.

—¡Anda, Pedrito; ven aquí a que te dé un abrazo, que eres más riquiño! —dijo tan pronto como me vio.

Paloma llevaba ese día un vestido de color rosa intenso con flores blancas, de falda corta y escote cuadrado, y una chaquetilla blanca de punto. Un vestido muy primaveral que dejaba ver sus piernas, su cuello, sus brazos y el nacimiento de sus generosos senos y el pliegue central entre ellos. De las tres hermanas ella era la que tenía las tetas más grandes. O, mejor dicho, la única que tenía tetas, porque las otras dos lucían pecho plano. Además, con ese vestido era difícil ocultarlas. De hecho, parecían desbordarlo completamente. Así que no solo me dejé ser besado y abrazado cuando ella se puso en cuclillas para rodearme con sus brazos, sino que me abalancé hacia ella y me abracé a su cuello y refugié mi cabeza en aquel hueco hermoso entre su hombro y su oreja. Me sentía tan a gusto en aquel regazo que no hacía otra cosa que abrazarme a ella cada vez con más fuerza.

Fue entonces cuando lo sentí.

Un efluvio emanaba de aquellos pechos que medio me mareó con un placer desconocido hasta entonces para mí. Era la textura, como suave y esponjada, el veteado ligeramente azulado de las venas y venillas que recorrían aquellas regiones antes ocultas de su anatomía, la acogedora blandura de sus formas y, sobre todo, el perfume que difundían aquellos orbes

cubiertos de una piel muy limpia y clara en la que yo jamás me había fijado antes. Era como si a través de esa piel fina me llegara el aroma de la leche blanca, fresca, dulce y cremosa que allí fluía en sus veneros recónditos, pero esto yo solo lo intuía. Todas estas sensaciones táctiles y olfativas se acentuaban bajo aquella luz primaveral que ya era anticipo y promesa del verano y que parecía envolvernos en una burbuja dorada como suspendida en el aire, de la que yo no quería salir. Era una sensación muy agradable porque todo en ella se correspondía de una manera armoniosa. Hasta el mismo nombre de Paloma contribuía a expandirla, porque en mi mente se entremezclaban las imágenes de las candidas palomas que zureaban en nuestro palomar, un triángulo de ladrillo encima de la puerta del establo.

La sensación de placer era tan intensa que yo me apretaba más y más a Paloma, y cuanto más me apretaba, más honda se volvía, y con más fuerza aplicaba yo mi rostro todo lo que podía contra aquellos orbes tan hermosos y deleitables, hasta que Paloma debió por fin de darse cuenta de que aquello ya no era el habitual abrazo que solía darme y que algo había en ese abrazo que resultaba perturbador. Sentí que quería ponerse de pie y trataba de apartarme de sí, primero todavía de manera dulce, enseguida con firmeza al ver que yo era reacio a soltarme de su abrazo y me aferraba aún más a ella. Se enderezó al fin, pero yo seguía aferrado a sus piernas y a su falda, decidido a continuar en aquella burbuja de luminosa felicidad donde me habían admitido.

Al final, las otras hermanas, entre perplejas y escandalizadas, ruborizadas las tres hasta las raíces de los cabellos, acudieron en ayuda de Paloma y consiguieron que me desprendiera de esta. Yo salí corriendo de allí, azorado, y me refugié en la cocina.

Después de eso. Paloma nunca más volvió a abrazarme cuando me veía. Sabía, o al menos intuía, lo que yo acababa de descubrir en aquel abrazo.

Las tres hermanas Teixeira vivían bastante recluidas en casa, a pesar de que eran jóvenes. No iban nunca a las verbenas del pueblo ni a las de los pueblos vecinos, y nunca, que yo sepa, tuvieron novios.

El hermano mayor se fue un día a la emigración, a Suiza, y nunca más lo volvimos a ver,

El otro hermano se quedó solo al cuidado de las tierras de labranza que tenía la familia. Salía de la casa antes del amanecer, con sus dos mulas de color de sándalo, a trabajar en las eras de la Seara y del Cerdeiro. Se llamaba José Manuel y un día enloqueció.

Apareció completamente desnudo corriendo y gritando lo que parecían ser incoherencias por la Avenida de Ourense (en aquella época se llamaba Avenida del Caudillo, y hasta habían pintado la cara del dictador con su chapiri de legionario en la pared de la esquina de la rúa Curros Enríquez). Era la hora en que la gente bien tomaba el aperitivo, y como hacía ya tan buen tiempo, se sentaban en las sillas metálicas de las terrazas de los cafés, que eran en realidad las aceras del pueblo.

Cuando llegó a la altura del Café Antela, el más concurrido de todos, algunos de los que estaban tomando café en las mesas de la acera dejaron las conversaciones y los periódicos, se levantaron, atónitos, lo detuvieron y le preguntaron qué es lo que ocurría o le había ocurrido.

La respuesta los dejó a todos boquiabiertos:

—¡Jesucristo está en el río, rebautizando a toda la gente que quiera en nombre de su Padre!

El río era el río Limia, claro, no hay otro en Xinzo de Limia.

Parece que él se había dejado rebautizar por ese Cristo, y estaba exultante.

—¡En las Riscas! —contestó, todavía jadeante de la emoción, cuando alguien le preguntó en qué parte del río.

Las Riscas era la zona donde el río se ensanchaba mucho en uno de sus meandros, lo que hacía que el agua se remansara en una especie de ancho pozo, bastante profundo, dejando un agua muy quieta, sombreada por los árboles que crecían en la orilla, y retenida por un semicírculo de rocas. Era allí de una transparencia tal que se podían ver, contra el dorado fondo arenoso, las truchas plateadas que habitaban el río. Era el lugar donde la gente del pueblo iba de picnic y a bañarse los días de canícula.

A José Manuel lo taparon con la colcha traída por una vecina que bajó corriendo porque lo había visto todo desde el balcón de la acera de enfrente. Unos señores que estaban en el café y que lo conocían lo convencieron para que se dejara llevar a su casa. Las Teixeira lo montaron esa misma tarde en el único taxi que había entonces en el pueblo y se lo llevaron a Ourense. Parece que los delirios se fueron exacerbando durante el viaje y el médico ordenó su ingreso inmediato en el sanatorio psiquiátrico de Toén. A José Manuel nunca más lo volvimos a ver.

Nadie se creyó lo de Jesucristo, por supuesto.

Nadie, salvo yo.

Solo que hasta entonces no me había dado cuenta de quién era.

Porque unos días antes yo había *latado* la escuela y me había ido al río. Y lo había visto con mis propios ojos.

Había salido a la escuela a primera hora de la mañana, como todos los días, con mi cartera de plástico en la mano, por el portón de lanzas pintadas de rojo de la Casa Vieja, y doblado enseguida a la derecha, como siempre, por la rúa de Lepanto, para ir hasta el Grupo Escolar que estaba al final de la Curros Enríquez. Solo que, en vez de continuar, volví a entrar subrepticiamente en mi casa por el portal que estaba pegado al de la casa del anciano Jenaro. Por suerte, este no estaba asomado como una gárgola en el suyo fumando sus Celtas cortos, como solía hacer, con su cara de viejo pergamino completamente labrada por las arrugas, la colilla colgándole del quemado labio inferior, la boina caída hacia el cogote, y los codos sobre la hoja inferior de la puerta, siempre cerrada.

Nuestro portal era una entrada independiente con unas escaleras que daban directamente a la planta superior de la casa. No era fácil que me vieran ni mi madre, ni mi abuelo, ni mis tíos, pues estarían en la planta baja, en la cocina, o atareados en el establo y la *forxa*. Después de un rellano, donde la escalera hacía un ángulo de noventa grados, había unos pocos escalones, una puerta y, tras esta, los dormitorios de la casa, una cocina que ya no se usaba, un cuarto de baño y, directamente a mi izquierda, el cuarto de los trastos. Entrando en este, de nuevo a la izquierda, en la pared, las dos hojas de lo que parecían los postigos una ventana se abrían para subir al sobrado de la casa. Allí me escondí durante un par de horas. Luego, salí por donde había venido, seguro de no tropezarme con nadie, crucé la huerta hasta alcanzar la Ladeira, la atravesé, y llegué al extenso sembradío de trigo que había entre esta y la orilla izquierda del río.

Me metí en el trigal, que había sido sembrado en el otoño y ya estaba crecido y dorado, con las espigas coronadas, listo para la cosecha. Era un buen escondite, pero me perdí; y cuando conseguí salir de él me vi en el río, pero muy lejos del lugar donde había pensado pasar el día escolar. Pero en vez de volver, seguí caminando en dirección al sur, hacia las Riscas.

Llevaba andando un buen rato, cuando apareció a lo lejos la silueta negra de una mujer que se aproximaba. Caminaba muy rápido. Casi corriendo. Al acercarse ralentizó un poco la marcha. Era una viejuca arrugada, vestida enteramente de negro, desde los zapatos y las medias hasta la pañoleta que cubría su cabeza, tapándole el pelo y el cuello, anudada debajo del mentón.

En este tenía un hoyuelo tan marcado en el centro que casi le partía el mentón en dos mitades.

—¿Cómo es que no estás en la escuela? —me preguntó con unos ojos que parecían los de un ave de presa que acaba de ver a su víctima.

Yo no dije nada.

—¡Vuélvete a casa, rapaz! En el río hay gente muy mala —dijo, y con eso reemprendió inmediatamente su marcha agitada.

Aquellas palabras me dieron mucho miedo, pero pudo más la curiosidad.

Se había ido haciendo tarde. El sol resplandecía en un horizonte invadido de nubes y filtraba sus rayos entre los encajes quiméricos y caprichosos de las formaciones nubosas. Estas tenían formas redondeadas, nacaradas, rosáceas, blancas o ligeramente azuladas que me recordaron los deliciosos senos de Paloma Teixeira. La luz del sol había adquirido una tonalidad amarina ligeramente oscura, acaramelada, como si el sol fuera una cucharada de miel que estuvieran untando en el pan redondo del mundo.

De repente un haz de luz plano pasó por una rendija de las nubes, como si fuera el filo de una espada celeste, y esa luz casi tocaba el camino por donde yo iba. Me recordó el dibujo esquemático del ojo de dios dentro de un triángulo y rodeado de rayos que había visto en una página de la *Enciclopedia Álvarez* —la enciclopedia que llevaba mi apellido— en las clases de Don Paco en el Grupo Escolar.

Había llegado a las Riscas. Fue entonces cuando los vi. El hombre salía del agua en ese momento. Estaba desnudo y tenía una horrible herida de lanza en un costado. También le sangraban las manos y los pies, donde tenía unas llagas casi negras, como si fueran estigmas. Me fijé en que tenía cortadas las puntas de los dedos de ambas manos, de modo que los tenía todos de igual tamaño, como pequeños cilindros de carne. Un circulito blanco central enseñaba el corte limpio de las falanges. Al salir del agua se subió a un repecho alto en esa especie de anfiteatro que las rocas formaban en aquel meandro. Pensé que se iba a zambullir de nuevo en el agua, tirándose de cabeza, porque era el lugar que los chicos del pueblo usaban como trampolín para lanzarse al agua transparente y profunda de aquella zona del río.

Pero el hombre se quedó allí mirando hacia la lejanía. Era delgado y estaba lleno de magulladuras y arañazos, como si le hubieran dado una paliza tremenda. La herida de lanza mostraba un corte horrible en la carne, como una boca grande de labios rojos y finos y cavidad negra. Había una mujer con él, que aguardaba en la orilla del río. Tenía aspecto dulce, con el pelo

negro recogido en una sola trenza larga que le llegaba hasta la cintura. Llevaba una especie de toga blanca con muchos pliegues y volutas. Estaba de rodillas en el suelo, pero sentada sobre sus talones. El hombre le habló en ese momento, pero me pareció que hablaba como si no tuviera lengua o se la hubieran cortado por la mitad. No entendí lo que decía. Lo más seguro es que hablara en otro idioma. La mujer asintió sin decir nada y se levantó.

Contemplé la escena sin hacer ruido desde mi orilla del río, muerto de miedo y oculto entre los arbustos, bajo aquella luz de color y perfume a vainilla que filtraban las nubes. Como la anciana me había dicho que eran gente mala, con todo sigilo, pero con presteza me alejé, de allí por donde había venido. Se había hecho tarde sin darme cuenta y el atardecer había teñido el mundo de lila. Cuando llegué a casa le dije a mi madre que me había quedado a jugar con el Cholo, uno de mis amigos del vecindario, a la salida de la escuela.

Cuando días después me dijeron lo que había pasado con José Manuel Teixeira y lo que había dicho de la aparición de Jesucristo en el río Limia para rebautizar a la gente, me di cuenta de que decía la verdad. No estaba loco. Yo mismo lo había visto con mis propios ojos: Jesucristo y María Magdalena. ¡Claro! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Pero no me atreví a contarle a nadie lo que había visto porque sería reconocer que había *latado* la escuela.

Nadie lo supo nunca.

Mi madre contaba que las Teixeiras habían tenido un hermano muy pequeño que murió a los cinco años en un accidente. Estaba jugando en el patio cuando el padre lo arrolló con su tractor nuevo al darle marcha atrás para sacarlo del cobertizo. No lo había visto.

Este hombre, luego, se dio a la bebida y al juego. Tal vez para ahogar su dolor y su sentimiento de culpa. Lo fue perdiendo todo. Primero eran pequeñas cantidades, hasta que acabó con todos los ahorros de la familia. Después fueron las mulas y el tractor John Deere, que había sido la primera señal de progreso que había entrado en aquella casa y que ahora se iba para no volver. Por último, en una sola partida perdió una noche los terrenos que tenía en el Cerdeiro y en la Seara.

A la mañana siguiente, una de las Teixeiras se lo encontró colgado de una viga en la *lareira* donde la familia curaba los chorizos después de la matanza. Mi madre diría después que lo había hecho como último recurso, para

no apostar, y sin duda perder, la casa de sus hijas en una partida a las cartas.

Fue así como las tres hermanas pudieron conservar la casa. Sin embargo, el inevitable luto y la obligada reclusión las pilló en los mejores años, y siguieron sin echarse novios, como se decía entonces. Las tres se quedaron solteras.

Un día en que mi madre fue a ver a Inmaculada Teixeira, me llevó con ella. A pesar de que nuestras casas estaban casi pegadas, yo nunca había entrado en la de ellas. Eran reacias a recibir visitas, quizás para evitar que la gente viera la pobreza, decente, pero pobreza al fin y al cabo, en que se veían obligadas a vivir ahora que habían perdido a todos los hombres de la casa y solo se tenían a ellas mismas.

Me quedé en el recibidor, jugando con mi camión de juguete, mientras ellas hablaban adentro, en la cocina. Una amplia escalera, con alfombra central y balaustrada de madera torneada y pintada de marrón llevaba a la planta superior de la casa, donde estaban los dormitorios. Me quedé absorto mirando esas escaleras, con mi volquete de plástico amarillo colgando de la mano, preguntándome si Paloma Teixeira estaría en su cuarto.

De pronto me alcanzaron atisbos del efluvio a fruta que emanaba de sus pechos. Debían de haberse quedado flotando en el aire del vestíbulo a su paso. Eran leves, huidizos, delgados rastros de perfume difíciles de percibir, pero suficientes para que me embriagara con ellos. Cerré los ojos y aspiré el aire todo lo que pude por mis fosas nasales para absorber esas leves huellas de su presencia suspendidas en el aire de la estancia. En mi cabeza se volvió a iluminar el escote de Paloma Teixeira, aquellos senos generosos, rebosantes, con el pliegue profundo en el medio.

El olor y la imagen de los pechos me hicieron pensar en las manzanas doradas que daba el manzano de nuestra huerta en otoño.

Las tres hermanas Teixeira se quedaron en la oscuridad de aquella casa igual que las manzanas que mi madre guardaba en la penumbra fresca del aparador de una de las habitaciones de la Casa Vieja, y que muchas veces se quedaban de un año para otro, arrugadas y resacas, porque las olvidábamos allí y nadie se las comía.

Tres conjeturas y media para un homenaje literario^x

—Don Aureliano, ¿juega usted al ajedrez?

—Claro, una partida de vez en cuando no hace daño.

Me senté frente al coronel como quien se sienta frente a un pelotón de fusilamiento. Sabía lo que pasaría, «una partida de vez en cuando...», claro, eso dicen los que van de tapados. Había tanta humedad que la tela de las camisas se unía sobre la piel formando un caparazón alrededor del cuerpo. «Debe detener la podredumbre», pensé. El polvo de la calle apenas podía levantarse, aplastado por la presión del aire inundado en vapor.

El coronel gesticulaba con ademanes lentos y calculados, sus manos, acostumbradas a manipular armas y municiones, no tenían apenas problemas para repartir las piezas en sus casillas iniciales. «Esta destreza es propia de quien sabe jugar», pensé rápidamente. Mis miedos tenían fundamento, estaba claro. La noticia de que el coronel se estaba aprestando a jugar al ajedrez con el desconocido que acababa de llegar corrió rápidamente por el pueblo y poco a poco, la calle se llenó de corazas de piel y telas empapadas alrededor de la mesa.

Todo el pueblo estaba ahí: el alcalde y los oficiales del consistorio, la maestra y sus alumnos, el tendero y hasta el cura. Los niños se habían infiltrado en primera fila y curioseaban parapetados entre las piernas de los mayores. Estos, sabedores del buen hacer del coronel, compartían sonrisas y hacían comentarios precisos:

—Va a ser una sangría —propuso el alcalde con un tono de voz que me inquietó verdaderamente.

—La última vez que lo vimos jugar salió de peón de rey —continuó.

—Si claro, la mejor jugada sin duda —respondió el cura.

^x Este cuento se publicó por primera vez en 2014 en la revista *JotDown*.

Para entonces mi nerviosismo era difícil de ocultar. Intentaba disimularlo mesándome los rizos del pelo una y otra vez, pero el ritmo rápido, casi frenético, de mis dedos sin duda me delataba. Resultaba un tanto patético ver cómo me iba reduciendo frente a la estampa sólida del coronel; este, ajeno a todo, lentamente iba llenando su pipa de tabaco y ya se aprestaba a encenderla. Los habitantes del pueblo no cedían:

—A ver qué hace el otro, ¡tiene cara de ser un pichón! —exclamó la maestra. Los demás le rieron la gracia.

—Cuando Aureliano quiere —añadió la tendera—, sacrifica todas las piezas sin dudarlo.

—Recuerdo cuando entregó la dama y los dos alfiles para hacer mate con la torre y el caballo en la columna h —dijo con entusiasmo el peluquero.

—¡No! —respondió la tendera poniendo cara de reproche por la exageración que acaba de cometer el peluquero—, ¡los dos alfiles no, solo el de dama!

El peluquero asintió, reconociendo su error. Yo temblaba. «Pero ¡qué está pasando aquí!», pensé alarmado. «¡Todo el mundo juega al ajedrez! ¿De dónde ha salido esta gente?» Era el colmo, todos tenían algo que decir y resultaba claro que sabían lo que decían. El coronel, mientras tanto, ya había encendido su pipa de caña y lanzaba con despreocupación nubes de humo que luchaban por difundir a través del aire saturado de agua. Podía oír perfectamente lo que decían sus vecinos, pero parecía no importarle (o al menos no lo mostraba); su mirada estaba concentrada en el tablero, sin prestar atención a la gente, ni a mí, su oponente, y menos que menos a las afirmaciones gratuitas de los mirones. Hasta donde él sabía, yo podía ser un rival duro. El coronel tenía la suficiente experiencia como para saber que no hay rivales pequeños en ajedrez. Cualquier error fruto de la suficiencia, podría resultar en derrota. Yo seguía alarmado ante la expectación que se había formado y empecé a pensar en distintas explicaciones para justificar este conocimiento generalizado del ajedrez que todos los habitantes del pueblo parecían mostrar. Lancé, para mis adentros, unas cuantas conjeturas:

El pueblo habría sido visitado por el Gran Maestro cubano José Raúl Capablanca en una gira latinoamericana a principios de siglo XX. Esto sería muy posible, ya que se jugó el campeonato del mundo en Buenos Aires, donde Capablanca perdió contra el ruso Alexander Alekhine, en 1927. Capablanca habría aprovechado su popularidad para visitar varios pueblos del país impartiendo clases y jugando simultáneas contra sus habitantes.

Esta hipótesis implica que se debió organizar un viaje en barco por el Caribe desde Cuba con varias escalas hasta que finalmente se puso rumbo al Sur (no sería difícil buscarlo en los registros portuarios). Además, si fuese cierto, a partir de aquella visita se habría organizado un club de ajedrez (cuyo nombre, por supuesto debía llevar su apellido, algo que también sería sencillo averiguar). Desde entonces, el pueblo realizaba torneos y el juego se tomaba con una seriedad propia de las creencias religiosas y, en cierta medida, desplazando a estas a un segundo plano. Pensé entonces que debía hablar con el cura; sus conocimientos acerca de la teoría de ajedrez me hacían presagiar que estaba en lo cierto.

Cuando agoté las posibilidades de la primera conjetura, comencé a dar vuelta a una segunda que me pareció más interesante aún:

En el pueblo vivía Carlos Torre Repetto, el Gran Maestro mexicano que se retiró del mundo de las competiciones en su juventud, a raíz de una crisis nerviosa. Esta posibilidad excitó pronto mi imaginación. Comencé a escrutar con mayor atención los rostros de los lugareños, con la esperanza de encontrar, entre ellos, al maestro Torre. Recordé algunas de sus célebres partidas y repasé mentalmente la secuencia de jugadas del «ataque Torre», que sucede en la apertura del peón de dama. La imagen, que yo conocía bien, del alfil incisivo en la casilla g5 clavando el caballo de rey de las negras me llenó de alegría y, entonces, creí ver la cara del maestro en cada rostro. Habían pasado muchos años desde que sufrió la crisis de nerviosa que le apartó de la gloria tan tempranamente. Antes que eso fue capaz de ganar nada menos que a Emanuel Lasker y empatar contra Alekhine y Capablanca. Sus anteojos característicos lo debían delatar, pero pronto me di cuenta de que la mayoría de los habitantes del pueblo usaban anteojos similares. Además, había pasado mucho tiempo desde su retiro y no resultaba sencillo extrapolar cómo había cambiado su fisionomía. Creo que esta conjetura es más que probable, pensé con decisión, esconderse del mundo en un pueblo como este ayudaría al maestro a relajarse y a empezar de cero. Seguro que ha estado enseñando los entresijos del juego a los niños, a todos y cada uno de ellos, al salir del colegio antes de que fueran a nadar al río.

Mientras seguía pensando en mis conjeturas, la gente comenzaba a impacientarse. Aunque parecía difícil que eso sucediera en un pueblo tan tranquilo como este. Las casas parecían haber sobrevivido largos años de lluvias tropicales y carretas transportando los granos de café y los mangos, maracuyás y tamarindos. Pero la impaciencia se notaba, sobre todo en los niños

(y eso hacía que la segunda conjetura tomase más fuerza) que querían ver al coronel jugando nuevamente al ajedrez. Yo tenía las piezas negras así que no podía hacer nada por acelerar el comienzo de la partida; frente a mí, el coronel seguía tomándose su tiempo: no parecía impresionado por el bullicio de la gente. Así que tuve tiempo de formular una última conjetura:

El pueblo había dado residencia a León Trotsky en los años 30, antes de recalar en México en casa de Frida Kahlo y Diego Rivera. Sus partidas de ajedrez en el Café Central de Viena son leyenda igual que la célebre partida contra Alekhine, en Odessa, que salvó su vida durante la Revolución de Octubre; así que, en su desenfrenado exilio, cuando Trotsky cayó víctima del estalinismo, al saltar de puerto en puerto intentando evitar los intentos de asesinato (que finalmente acabarían con él en México), bien pudo haberse escondido en este recóndito paraíso. Durante su estancia, para pasar el tiempo, se habría dedicado por completo a su pasión por el ajedrez, enseñando al pueblo entero las cualidades pedagógicas del juego-ciencia como acto revolucionario. La conjetura, aunque posible, me pareció un tanto temeraria. Pero la idea de la revolución me cautivó tanto que un pequeño gesto en el rostro del coronel me hizo cambiar ligeramente los personajes y la lógica de lo que habría sucedido, manteniendo el nudo revolucionario. Entonces, sin dejar de observar a mi oponente, rehíce el escenario:

El pueblo había sido visitado por el Gran Maestro Miguel Najdorf, antes de su visita a Cuba, donde jugó con Ernesto *Ché* Guevara. Ahora sí se me iluminó el rostro; creo que todo encajaba con esta conjetura. Najdorf, el maestro polaco-argentino que huyó del nazismo fue un especialista en jugar simultáneas a ciegas. Habría venido junto con el *Ché* a visitar al coronel antes de su intento de expandir la revolución en América Latina. Najdorf jugaría partidas simultáneas con la población una y otra vez, mientras todos aprendían en sus casas, en las tertulias, en las asambleas revolucionarias, a la hora del café, para derrotar al formidable maestro argentino. Me di cuenta en seguida que esto implicaba directamente al coronel en la trama de aprendizaje del ajedrez en el pueblo. Entonces comencé a reparar con más interés en su rostro, su barba, su pelo ondulado y firme y traté de imaginar que la pipa que sostenía en su mano era en realidad un habano. Cuanto más lo pensaba, más crecía dentro de mí la certeza de lo que estaba observando. Esa era, sin duda, la posibilidad más interesante: el coronel y el comandante, el comandante y el coronel. La misma persona escondida al abrigo del tiempo; si era así, había razones para temer su juego de experto.

—Le toca a usted, comandante —dijo, con intención de provocar su mirada.

El coronel Aureliano Buendía efectuó su primera jugada, peón e4 (la mejor, sin duda), levantó los ojos del tablero y sin soltar la pipa ni por un instante me dijo:

—Gracias, señor García, con esta partida se acaban los cien años de soledad.

Traducción



Tennessee Williams en los años 60.

Foto sin fecha ni autor, cortesía de la Biblioteca de Libros Raros
y Manuscritos de la Universidad de Columbia, Nueva York.



THE LONG STAY CUT SHORT

The old one gets so notionate in winter,
cross as two sticks, and so he picks on me.
For instance I said to him, Papa, you smell like a pole-cat
because your clothes needs airing!

Would he do it?

He gives me up the country just for speaking!

And so when I got that invitation from Margaret I was pleased.

She said we have extra beds with jack in the navy
and Bessie about to leave for S tate Teacher's College.

I heard from her Monday and took the train Wednesday night.

She met me at the depot in the Reo.

All I asked her was, Margaret, how are things going?
and like I'd blown up the water-works - blab, blab, blab!
All that she'd really wanted was someone to whine to
about Jim Porter's behavior -

drinking and going out
with the Sturdevant woman.

And claimed he'd given them all the seven-year itch!

I only aimed to stay there about a week
but you know ^{how} it is when you make a visit in winter.
Just to be warm is so important to you
that you'll put up with any kind of treatment.

Not that Margaret was deliberately mean
but so running over all the time with vexation.

Middle-aged people and people past middle-age
should have their own homes or go in a state institution. ing.

I shouldn't have stayed but cold weather got in my bones
and I just couldn't move,

- They lived

in one of those little four-room shot-gun houses,
catti-cornered across from the public school .
And noise? My God, it was bedlam!
Morning, noon, and night, such fights and shouting!

There wasn't a night Jim Porter come in sober
or she didn't pick an argument with the girls.
The oldest one, Bessie, had gone to the State Teachers' College
but Peg and Grace were grown up enough to go out
and that was beginning to cause a lot of trouble -

One time she found a used rubber thing on the porch -
accused both girls of having been carrying on!
Probably was, but what could she do about it?
One of them's pretty in a plain sort of way,
the other ones got something wrong with one of her eyes,

and such a whiner - yanh, yanh, yanh! - all the time.

If it wasn't one thing in that house it would be six others.

The main trouble was when the boy got home from the navy.

He wanted his bed so I had to sleep with Margaret.

Margaret had night-sweats. The sheets would be sopping,
and talk about restless sleepers!

She kicked me so hard in the stomach
one night I threw up!

I'd just about made up my mind to pack up and go
when I had that first bleeding spell....

No, it wasn't entirely unexpected.

I had a warning of something last February,
and a year ago August I had a small attack ,
but not till after the hemorrhage did I know.

I kept on going.

I think it's a bad mistake to ever give in.

Then I went quick.

Five bleeding-spells in a row,
not more than two hours apart -

I was weak as a kitten and then I was
out of my head.

Then
And Margaret wired my children.

" Mother is slipping away. No pain. Come quickly. "

*Alice. Death
green Alice!
Doctor hold me!*

El final de la larga visita

NOTA INTRODUCTORIA

Thomas Lanier Williams III (1911-1983), conocido universalmente como Tennessee Williams, es considerado uno de los tres dramaturgos norteamericanos más relevantes del siglo XX, junto con Eugene O'Neill y Arthur Miller. Celebérrimo por obras como *Un tranvía llamado deseo*, *La gata sobre el tejado de cinco caliente* o *Dulce pájaro de juventud*, el grueso de su legado se conserva hoy en archivos y bibliotecas de las universidades de Columbia (Nueva York), Texas (Austin), Harvard (Boston) y del Sur (Sewanee). Williams publicó también poesía y narrativa, aunque solo alcanzó su estatura de gigante como autor de teatro.

«The Long Stay Cut Short» es el título de un poema inédito que se conserva en los archivos del Harry Ransom Center de la Universidad de Texas en Austin, entre los papeles tempranos del dramaturgo.¹ Se trata de un texto apenas lírico, de carácter más bien narrativo, que presenta estado de borrador: presenta algunas faltas mecanográficas y ortográficas, correcciones manuscritas a lápiz del autor y anotaciones al margen que mencionan la «muerte de Alice». El tema tratado fue una preocupación permanente del autor de Columbus: el de la pariente de edad ya avanzada que carece de recursos y hogar propio y vaga de casa en casa acogida a regañadientes por unos familiares que, en pago de sus atenciones, le devuelven vejaciones y desprecio. Este sería también el tema de la obra de un solo acto *The Unsatisfactory Supper, or The Long Stay*

Traducción y nota introductoria de Juan Luis Calbarro

¹ Tennessee WILLIAMS, «The Long Stay Cut Short», poema manuscrito, Tennessee Williams Collection, 2.7, Harry Ransom Center, The University of Texas at Austin. © 2024 The University of the South. Manuscrito traducido y publicado con permiso de Georges Borchardt, Inc. en representación de la Universidad del Sur en Sewanee (Tennessee). Todos los derechos reservados.

Cut Short,² que recibió el mismo título que nuestro poema; es muy significativo que el personaje de la tía acogida por los Meighan en esta obra portase el nombre de Rose, como la hermana mayor (y favorita) del escritor, que también sufrió una vida de vejaciones paternas, enfermedad, soltería no deseada y desarraigo.³

Tennessee Williams refundió durante toda su vida los abundantes materiales breves que producía (relatos, poemas, obras cortas) a la hora de componer sus obras mayores. Así lo recuerda un crítico cuando afirma que «a través de toda su obra, ciertos temas, escenarios y personajes aparecen y reaparecen, suenan y resuenan como si todas sus obras fueran parte de una sola obra, con raíces y ramas propagándose en todas direcciones».⁴ Cuando Elia Kazan encargó al dramaturgo la redacción de un guion original para la película que acabaría llamándose *Baby Doll* (1956),⁵ Williams recicló dos de sus obras cortas para escena: la mencionada *The Unsatisfactory Supper* y *Twenty-Seven Wagons Full of Cotton*.⁶ En la asustadiza y maltratada tía Rose Comfort de *Baby Doll* aún alienta de alguna forma aquella mujer protagonista del poema «The Long Stay Cut Short», que ofrecemos al lector en primicia mundial, puesto que hasta hoy había permanecido inédito tanto en español como en inglés.

² T. WILLIAMS, *American Blues. Five Short Plays*, New York: Dramatists Play Service, 1948.

³ Cf. Philip HOARE, «Obituary: Rose Williams», *The Independent*, Londres, 12 de septiembre de 1996.

⁴ Neal WEAVER, «Long Stay Cut Short», *Backstage*, digital, Nueva York, 25 de marzo de 2013. La traducción es mía.

⁵ T. WILLIAMS, *Baby Doll*, New York: New Directions, 1956.

⁶ T. WILLIAMS, *Twenty-Seven Wagons Full of Cotton and Other One-Act Plays*, Norfolk: New Directions, 1945.

EL FINAL DE LA LARGA VISITA

El viejo se pone terco en invierno,
se cabrea y la toma conmigo.
Por ejemplo, le dije: «Papá, hueles a tigre,
¡no ventilas la ropa!»

¿Creéis que lo hizo?
¡Me echa la bronca solo por hablarle!

Así que me encantó recibir la invitación de Margaret.

Decía: «Tenemos camas libres, con Jack en la Armada
y Bessie a punto de irse a la Escuela de Magisterio».

Lo leí el lunes y cogí el tren el miércoles por la noche.

Me recogió en la estación con su REO.*

Apenas le pregunté: «Margaret, ¿cómo van las cosas?»,
y, como si con ello hubiera volado un dique... ¡bla, bla, bla!

Ella solo quería a alguien con quien quejarse
de la conducta de Jim Porter...

bebiendo y saliendo
con la Sturdevant esa.

Según ella, estaban pasando la crisis de los siete años.

Yo solo me proponía quedarme allí una semana, más o menos,
pero ya sabéis cómo es cuando vas de visita en invierno.

* REO fue una empresa norteamericana de fabricación de automóviles fundada –como antes Oldsmobile– por el industrial Ransom Eli Olds en Lansing, Michigan (n. del t.).

Por no pasar frío,
aguantas cualquier trato...

No digo que Margaret fuese deliberadamente cruel,
pero se pasaba todo el tiempo con las humillaciones.

La gente de edad mediana, o más que mediana,
debería vivir en su propia casa o ingresar en una institución pública.

Yo no debería haberme quedado, pero el frío me calaba hasta los huesos
y no podía ni moverme...

Vivían

En una de esas casitas con cuatro habitaciones en fila,
En la esquina de enfrente de la escuela pública.
¿Y el ruido? Por Dios, ¡qué escándalo!
Por la mañana, al mediodía y por la noche: ¡qué peleas, qué gritos!

No había una sola noche que Jim Porter volviera sobrio
o que ella no discutiera con las chicas.
La mayor, Bessie, se había ido a la Escuela de Magisterio,
pero Peg y Grace ya tenían edad de salir
y eso estaba empezando a causar un montón de problemas...

Una vez ella encontró un condón usado en el porche
y acusó a las dos chicas de andar follando por ahí.
Probablemente era cierto, pero ¿qué podía hacer ella?
Una de ellas es guapa –sin exagerar–;
a la otra le pasa algo en un ojo
y se pasa el tiempo quejándose.

En esa casa, si no era una cosa, era otra.

Lo peor fue cuando el chico volvió a casa de la Armada.
Quería su cama, así que yo tuve que dormir con Margaret.
Margaret padecía sudores nocturnos: las sábanas se empapaban...,
Por no hablar de su sueño agitado...

¡Me pateaba la barriga tan fuerte
que una noche hasta vomité!

Ya casi había decidido hacer las maletas e irme
Cuando tuve el primer episodio de sangrado...

No es que fuera totalmente inesperado.
Había tenido un ligero aviso el febrero anterior,
y hace un año, en agosto, un pequeño ataque,
pero no fui consciente hasta tener la hemorragia.

Seguí adelante.
Creo que es un enorme error rendirse.

Luego la cosa se aceleró.
Cinco sangrados uno detrás de otro,
en menos dos horas...
Estaba débil como un gatito y después
perdí el sentido.

Luego Margaret telegrafió a mis hijos.

«Madre se nos va. No tiene dolores. Venid deprisa».



Irina Papáncheva. Foto de Yancho SABEV,
Bruselas, 2014.

Dos pasos

Traducción de MARCO VIDAL GONZÁLEZ

Se conocieron en Atocha, mientras estaban delante del memorial en la sala de espera de la estación. Se miraron. Él se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Conocías a...? —le preguntó él en español.

—No. Pero fue terrible.

—Sí, es terrible —dijo él y la invitó a ir a tomar algo.

Se sentaron en una cafetería en la segunda planta con vistas al jardín tropical de la estación. Ella le dio un sorbo a su café y le contó, en español pero con cierta inseguridad, que había llegado desde Sofía para entrevistar a la búlgara que estuvo cara a cara con el terrorista y que sobrevivió de puro milagro. La amiga con la que viajaba falleció de camino al hospital. Neli estaba totalmente marcada por los innumerables traumas del atentado, pero viva. Estaba viva.

—Lo vieron dejar la bolsa y bajarse.

—¿Y no se extrañaron?

ДВЕ КРАЧКИ

Запознаха се на Аточа. И двамата стояха пред мемориала в чакалнята на гарата. Спогледаха се. Той забеляза, че е просъязена.

—Познаваше ли... —попита я на испански.

—Не. Но е ужасно.

—Да, ужасно е —каза той и я покани да пийнат по нещо.

Седнаха в заведение на втория етаж с гледка към тропическата градина в гарата. Тя отпи от кафето си и му разказа, на колеблив испански, как пристигнала от София, за да интервюира българката, която седяла срещу терориста, но по чудо оцеляла. Приятелката, с която пътувала, беше починала по пътя за болницата. Нели беше белязана от атентата с множество травми, но жива. Жива.

—Видели са го как оставя сака и слиза.

—Не са ли се усъмнили?

—Neli dijo a su amiga que quizá fuera una bomba, y entonces explotó la primera, pero en otro vagón. Le susurró al oído: «vámonos de aquí corriendo», pero no pudo moverse, como si estuviera soñando. Solo pudo dar dos pasos. Dos pasos decisivos para su vida, su supervivencia. ¿Acaso no es extraño que dos pasos puedan marcar literalmente la frontera entre la vida y la muerte?

Él era mitad colombiano, mitad italiano, pero vivía en Tenerife, donde trabajaba de camarero en un bar.

—Mi padre es de Roma, aunque nunca estuve allá, ¿se lo puede creer?

Hacía rato que se habían acabado el café, pero ninguno de los dos podía despegarse de su sitio.

—¿Qué haces en Atocha? —le preguntó ella.

—Para recordar que la vida es un regalo. Tenerife puede resultar un lugar bastante deprimente.

—He estado en Tenerife.

—¿Y qué le pareció?

—Terrible.

Se echaron a reír.

—Puede que sea hora de irme de allá y de mudarme a otro sitio menos terrible.

—Pues sí.

—Por ejemplo, a Sofía.

—Neli казалa на спътничката си, че може да е бомба и тогава избухнала първата експлозия, но в друг вагон. Прошепнала ѝ: да бягаме, но не е можела да помръдне като насън. Успяла да направи само две крачки. Две крачки, които са били решаващи за оцеляването ѝ. Не е ли странно, че две крачки могат да бъдат понякога буквално разстоянието между смъртта и живота?

Той беше наполовина колумбиец, наполовина италианец, но живееше в Тенерифе, където работеше в бар.

—Баща ми е от Рим, а аз никога не съм бил там, представяш ли си?

Кафетата отдавна бяха изпити, а те не можеха да се отлепят от местата си.

—Защо дойде на Аточа? —попита го.

—За да си припомня, че животът е дар. Тенерифе може да е много депресиращо място.

—Била съм на Тенерифе.

—И как ти се стори?

—Ужасно.

Разсмяха се.

—Може би е време да го напусна и да се преместя другаде, на някое по-малко ужасно място.

—Може би.

—Например София.

Еlla sonrió.

–Me caso la semana que viene.

La megafonía empezó a anunciar que el tren a Roma llegaba en siete minutos al andén número dos.

–Entiendo... Entonces nos queda Roma –dijo él y sonrió.

–Claro. Verdad que todos los caminos...

–¿Y el tuyo?

–¿El mío?

–¿Lleva a Roma?

–Puede ser. Si me invitas.

Justo entonces, como si lo hubiera pedido especialmente, la megafonía anunció que el tren para Roma llegaba en dos minutos al andén número dos. Se miraron y rompieron a reír.

–Te invito, ¡pero ya!

–Bueno, venga.

La cafetería era de autoservicio, por lo que la cuenta ya estaba pagada. Saltaron y se echaron a correr hacia abajo, llegaron jadeando al andén justo en el momento en el que el tren se adentraba en la estación. Las puertas se abrieron cuando estaban solo a dos pasos. Gente saliendo, entrando, y un último pitido antes de marchar.

Él la miró fijamente a los ojos.

–Aunque solo fuera por un instante, ¿lo habrías hecho?

Тя се усмихна.

–Другата седмица се омъжвам.

Високоговорителят съобщи, че влакът за Рим пристига след седем минути на перон две.

–Разбирам... Остава Рим –каза той и също се усмихна.

–Разбира се. Всички пътища...

–А твоят?

–Моят?

–Води ли към Рим?

–Може би. Ако ме поканиш.

Точно тогава, като по поръчка, високоговорителят съобщи, че влакът за Рим пристига след две минути на перон две. Спогледаха се и избухнаха в смях.

–Каня те. Сега!

–Ами... добре.

Кафенето беше на самообслужване, бяха платили сметката. Скосиха и хукнаха надолу, стигайки на перона, задъхани, точно, когато влакът пристигаше. Вратите му се отвориха на две крачки от тях. Слизания, качвания, последно изсвирване и отпътува.

Той се взря в очите ѝ.

–Поне за миг, беше ли готова да го направиш?

–Hombre, si no, ¿para qué iba a echarme a correr?

Él dio los dos pasos que le separaban de ella, agarró su cara con las manos y la besó. Se estuvieron besando totalmente abstraídos de la realidad de los pasajeros que llegaban y marchaban.

Evitaban mirarse mientras subían de vuelta a la sala de espera.

Unos meses más tarde, ella estaba cenando con su marido, cuando su móvil sonó. Oyó su voz: «Estoy en Roma y pensaba que...».

–Ha debido equivocarse –dijo ella, a lo que dejó el teléfono a un lado y le dio un sorbo a la copa de vino, como si nada hubiera ocurrido. Solo que su cara había palidecido.

–Е, щях ли да тичам иначе?

Той измина двете крачки към нея, обхвана лицето ѝ и я целуна. Напълно откъснати от реалността на пристигащите и заминаващи хора, те се целуваха.

Отбягваха очите си, докато се качваха обратно към салона.

Няколко месеца по-късно тя вечераше със съпруга си, когато мобилният ѝ телефон иззвъня. Чу гласа му: „В Рим съм и си помислих...“

–Имате грешка –каза тя, остави телефона настрана и отпи от виното си, сякаш нищо не се беше случило. Само лицето ѝ бе малко по-бледо.

Seis poemas de *Soldado de noche*^x

LA TIERRA SE MUEVE, LA NOCHE SE MUEVE
pero yo sigo siempre aquí,
prisionero de una esperanza muda
que no tiene nombre.
El día despierta triste y también camina
como si supiese un secreto que yo ignoro,
como si lo que se nos muere no se desvaneciese
y fuese solo a otro lugar
del que no tengo las llaves.
También como si aquel profundo amor
que no tiene retorno y se acaba un día
no cayese en el abismo,
sino que rodase por el desfiladero de la vida
y persistiese por siempre jamás
como las palabras de un libro perdido.

Traducción de JORGE LEÓN GUSTÀ

LA TERRA ES MOU, LA NIT ES MOU/ però jo segueixo sempre aquí,/ presoner d'una esperança muda/ que no té nom./ El dia desperta trist i també camina/ com si sabés un secret que jo ignoro,/ com si el que se'ns mor no s'esvaís /i anés només a un altre lloc /del qual jo no en tinc les claus./ També com si aquell profund amor/ que no té retorn i s'acaba un dia/ no caigués a l'abisme,/ sinó que rodolés pel congost de la vida/ i persistís per sempre més/ com les paraules d'un llibre perdut.

* Estos poemas pertenecen al libro *Soldado de noche* (*Soldat de nit*, Barcelona: Témenos, 2022).

EL AIRE SERÁ TU CUERPO;
tu vestido, las palabras.
El espacio que tú eras,
temblar suave
de cortinas.
Sentiré la vida
como un recuerdo de vida
y tras las vacías mañanas,
florecerán calles absurdas
hacia tu casa vacía.

L'AIRE SERÀ EL TEU COS;/ el teu vestit, les paraules./ L'espai que tu eres,/ tremolar lleu/ de corti-
nes./ Sentiré la vida/ com un record de vida/ i enllà dels buits matins,/ floriran carrers ab-
surds/ cap a la teva casa buida.

MAÑANA NO SERÁ,
nadie vendrá.
Queda el espacio que tú eras
y esta luz,
murmullo de mis ojos.
Y esta música,
tan profunda cuando estoy callado.

Sin la llave del arca,
sin guía ni mapa.
Solo tu nombre,
desvaneciéndose en aire.

DEMÀ NO SERÀ,/ NINGÚ NO VINDRÀ./ Queda l'espai que tu eres/ i aquesta llum,/ murmuri dels meus ulls./ I aquesta música./ tan fonda quan sóc callat.// Sense la clau de l'arca/ sense guia ni mapa./ Només el teu nom/ esvaint-se en aire.

TE BUSCO EN EL ESPEJO Y ME DEVUELVE AIRE.

Solo mi vieja imagen, sola,
en el cristal mágico donde te veía observar en silencio
hasta que sonreías,
vergonzosa y firme: ¿qué miras?

¿Hay alguna presencia tuya, algún átomo
de ti

en este espacio sagrado que te conoció
como nadie?

Entro de puntillas en el recinto de la luz
que se ha quedado ciego
y digo las palabras que no tienen respuesta.
Solo una leve brisa que entra por la ventana
y se pasea como dedos tiernos sobre la mejilla.

ET BUSCO EN EL MIRALL I EM TORNA L'AIRE./ Només la vella imatge meva, sola,/ en el vidre màgic
on et veia fitar en silenci/ fins que somreies,/ vergonyosa i ferma: què mires?// Hi ha alguna
presència teva, algun àtom/ de tu/ en aquest espai sagrat que et va conèixer/ com ningú
mes?/ Entro de puntetes en el recinte de la llum/ que s'ha quedat cec/ i dic les paraules
que no tenen resposta./ Només un lleu venteig que entra per la finestra/ i es passeja com
dits tendres damunt la galta.

DE DÍA EMPRENDISTE EL VUELO
y ahora navegas en la nave de la noche.
Más oscura sin tu luz,
más callada sin tu voz.
Caminas hacia lo eterno y vacío.
Hacia el lugar sin paredes ni rincones
donde lentamente tu pensamiento
se deshila,
se dispersa como el humo
y se queda
preso de una frágil memoria.
En el mar huido del bien y del mal
inflas las velas al viento,
y te alejas en el silencio.

DE DIA VARES EMPRENDRE EL VOL/ i ara navegues en la nau de la nit./ Més fosca sense la teva llum,/ més callada sense la teva veu./ Fas camí cap el que és etern i buit./ Cap el lloc sense parets ni racons/ on lentament el teu pensament/ es desfila,/ es dispersa com el fum/ i es queda/ pres d'una fràgil memòria./ En el mar fugit del bé i del mal/ infles les veles al vent,/ i t'allunyes en el silenci.

GUARDO COMO SOLDADO DE NOCHE LA REGIÓN DESIERTA.

Duermo de día en la entraña del silencio

y no acecho el camino del rayo de luz.

Cambio horas por destellos pasajeros,

palabras de despedida por fotografías viejas.

Busco motivos a cada paso que doy

porque donde estaba el mañana solo hay hiedra

y donde vivía el perfume duerme la tierra.

GUARDO COM SOLDAT DE NIT LA CONTRADA ERMA./ Dermo de dia en l'entranya del silenci/ i no sotjo el camí del raig de llum./ Canvio hores per guspies passatgeres,/ paraules de comiat per fotografies velles./ Cerco motius a cada pas que dono/ perquè on era el demà només hi ha heure/ i on vivia el perfum hi dorm la terra.

Cuaderno: Marta Agudo





Marta Agudo. Foto de Luis BURGOS. Madrid, mayo de 2020.

Recuerdo de Marta Agudo

Marta Agudo (Madrid, 1971-2023) estuvo en la poesía desde muy joven, cuando la descubrió de la mano de su madre, en lecturas compartidas y en voz alta que incluían el romancero, los grandes poetas del Siglo de Oro y figuras señeras de la Generación del 27 (García Lorca, Cernuda, Aleixandre). También fue importante la orientación de alguno de sus profesores, como el poeta Guillem Vallejo, experto en la obra de Salinas. La pasión por la literatura, en fin, la llevó a dejar Derecho en el primer año de carrera y cursar estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona, en la que puso buena parte de sus expectativas de futuro. Barcelona fue también el ámbito de sus primeros encuentros y amistades literarias, como el poeta Eduardo Moga, al que sintió siempre como un hermano mayor. Todo hacía pensar que Marta acabaría trabajando como profesora universitaria, algo para lo que tenía vocación y preparación sobradas, pero un cúmulo de circunstancias adversas —el agravamiento de una enfermedad incapacitante como la epilepsia, el ambiente hostil que el nacionalismo catalán fue creando en la Facultad a finales de la década de 1990, la falta de sintonía con su primera directora de tesis...— le hizo desistir de aquel propósito, trasladar su expediente a la Universidad de Alicante, en la que encontró el apoyo académico del profesor Aullón de Haro, y mudarse a Madrid con carácter definitivo.

Cuento todo esto con cierta parquedad notarial porque el traslado a Madrid ya cumplida la treintena fue, en rigor, el comienzo de una nueva vida, pero no todos los amigos que hizo en Madrid estaban al tanto de sus antecedentes, de los detalles de su formación, incluso de ciertos aspectos de su personalidad que tenían que ver con su profunda vinculación —vital, intelectual, afectiva— a Barcelona, ciudad de la que se sintió en parte expulsada (un sentimiento sin duda subjetivo, pero fundado en datos seguros, objetivos). La reedición en 2022, un año antes de su muerte, de su primer libro

Fragmento en la editorial catalana Godall tuvo para ella mucho de vuelta al hogar, de reparación personal.

Con todo, fue en Madrid donde Marta encontró el ambiente propicio para sus inquietudes literarias y la complicidad de un puñado de poetas amigos por los que profesaba una admiración sin reservas: Juan Carlos Mestre, Ada Salas, Julieta Valero, Amalia Iglesias... Y aquí desarrolló una actividad intensa que se desplegó en varios frentes: con la galería de su querido amigo Luis Burgos creó la colección *El Lotófago*, en la que se dieron cita algunos de los poetas y artistas visuales más importantes del país; dio clase durante años de poesía y escritura creativa en Hotel Kafka, donde fue una profesora adorada por sus alumnos; en 2005 coeditó con Carlos Jiménez Arribas la antología *Campo abierto. Antología del poema en prosa en España*, trabajo pionero no solo por su objeto de estudio, sino por la voluntad —más bien insólita en nuestro país— de reconocer la excelencia sin atender a los lemas, etiquetas y taxonomías de la crítica al uso; y en 2010 coeditó con quien esto firma el volumen *Pájaros raíces*, en el que se recogían toda clase de trabajos críticos sobre la obra de José Ángel Valente a cargo de algunos de nuestros estrictos contemporáneos: fue un trabajo arduo, que nos llevó cinco años, pero que ahora recuerdo con afecto y hasta con nostalgia. Marta era una trabajadora incansable y atenta, puntillosa y profundamente considerada con el trabajo de los demás. El homenaje a Valente se prolongó con su relato crítico del periplo del joven poeta en el Madrid de la década de 1950 dentro del volumen colectivo *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)* (2012), investigación que abordó con entusiasmo y enorme rigor. Por el camino, hubo traducciones del catalán (Joan Elies Adell, Joan Vinyoli), ediciones de la obra de sus queridas Ana María Navales y Paca Aguirre y una labor invisible de ayuda a sus amigos poetas, que la consultaban una y otra vez para que leyera y comentara sus originales. Todo ello sin olvidar la entrega en 2005 de su tesis doctoral sobre el fragmento y el poema en prosa, que nunca se animó a publicar, tal vez desanimada por el enorme esfuerzo que le había supuesto terminarla en tiempo y forma. Echando la vista atrás, resulta admirable que fuera capaz de desplegar esta actividad a pesar de su frágil estado de salud: no solo la epilepsia, también episodios de depresión (uno de los cuales está detrás de la escritura de su poemario *28010*), la dificultad para salir de su espacio familiar, el que se había hecho a medida, y la duda constante sobre su valía como crítica y creadora. Sobreponerse es todo, dice Rilke, y Marta lo logró no solo por su enorme disciplina y capacidad de

trabajo, sino porque había en ella enormes reservas de alegría y vitalidad que comparecían sin aviso para iluminar la vida de sus cercanos. Amaba el mar, los perros y los conguitos, no necesariamente en este orden. Tenía un sentido del humor anárquico y desbordante, incorrectísimo, que usaba como mecanismo de autodefensa y para desactivar solemnidades altivas. Tenía también una voz cálida y envolvente por teléfono, que te atrapaba, pero sabía escuchar con atención, como recordarán los muchos que le confiaron sus cuitas a lo largo de los años, alguno sin merecerlo. Y era generosa como nadie.

Marta se dio a conocer como poeta en 2004 con *Fragmento*, publicado en la pequeña editorial salmantina Celya. Mereció muy pocas reseñas –solo recuerdo la de Eduardo Moga en *Cuadernos Hispanoamericanos* y la mía propia en *Turia*–, pero el libro no pasó ni mucho menos inadvertido. Su propuesta era a la vez barroca y minimalista, con una palabra ceñida en la que sin embargo latían sus lecturas del Siglo de Oro –Quevedo y Góngora en íntima alianza– y una profunda inquietud existencial que a menudo se resolvía en constatación desolada del carácter absurdo de la vida. El libro estaba construido en forma de cadena, con breves poemas que arrancaban donde había concluido el anterior, y esa articulación apuntaba a un rasgo fundamental de esta obra: Marta no escribía poemas, sino poemarios, conjuntos orgánicos que eran más que la suma de sus partes. Ese afán constructivo está en ella desde un inicio, como demuestran dos libros juveniles o de aprendizaje que se conservan entre sus papeles, escritos en algún momento de la década de 1990: *Los vértigos amplios del blanco* y *Al tú y otras correspondencias*. Los libros posteriores no harán sino afirmar y consolidar esa vocación.

Siete años separan *Fragmento* de su sucesor, *28010*, publicado en Calambur, sello entonces en ascenso que se distinguía por el cuidado en el diseño y la tipografía de sus títulos, y en cuyo responsable, el cervantista Emilio Torné, encontró un editor amigo y cómplice. Surgido de una profunda crisis existencial y de identidad, *28010* era un conjunto de breves poemas en prosa –género que Marta ya nunca abandonaría– que retratan un proceso de reconstrucción personal a través del lenguaje, el espacio y el tiempo. Sus cuatro secciones, «Fonética», «Sintaxis», «Geografía» y «Secuencia», dibujan un trayecto que empieza apelando al testimonio de los demás («Me llamo Marta. Me llaman Marta») para explorar con temor, incredulidad y desconcierto sus alrededores inmediatos y así dar sustancia o sentido al propio

vivir. No hay grandes conclusiones, solo una petición modesta de acogida a ese «empujón de grietas» que es la existencia: «acógeme y silba los acordes de cada jornada sobreviviente; los sonidos para edificar la mañana [...]».

Su tercer poemario, *Historial*, se editó también en Calambur en un momento (2017) en que su asunto central —la enfermedad, el dolor, la poquedad y el milagro de la supervivencia en esos grandes repositorios de sufrimiento que son los hospitales— estaba a punto de normalizarse en el discurso literario y poético. En ese sentido, fue un libro premonitorio. Nadie puede acusar a Marta de oportunismo, pues era una inquietud que la rondaba desde hacía años por imperativos personales y que cristalizó a raíz de varias visitas sobrecogidas a un centro de ancianos. Una vez más, el libro se escribió con rapidez, en apenas unos meses, fruto de un estado de trance que se agotó tan pronto dejó de ser necesario. Hubo un segundo impulso que dio lugar a la serie final, «Cuatro tiempos», y que nació de la contemplación de una serie de fotos de salinas y paisajes árticos del artista Cano Erhardt (quien también influyó en la concepción de su último libro, *Sacrificio*). Con todo, el grueso del poemario es una radiografía a la vez impiadosa y compasiva de esa «vida aparte» que es la enfermedad, una escucha solícita de ese idioma intraducible que hablan los enfermos y que solo ellos pueden comprender cabalmente. El libro contiene algunos de los pasajes más descarnados que escribió Marta y hay momentos que sorprenden aún por su crudeza y ferocidad.

El libro fue premonitorio en más de un sentido. Cuando se publicó en abril de 2017, nadie podía imaginarse que un año después su autora sería diagnosticada con un cáncer de mama que acabaría —cinco largos años después— siendo fatal. Como he contado hace poco en el último número de la revista *Nayagua*, la intensidad de los tratamientos y la aparición de efectos secundarios de todo tipo la tuvieron apartada de la escritura durante al menos tres años. Sin embargo, a inicios de 2021, el efecto conjunto de un pronóstico negativo y un tratamiento urgente de corticoides la llevó a escribir casi de un tirón los poemas de *Sacrificio*. La imagen primera detrás del libro, la imagen que desató el nudo que la había enmudecido hasta entonces, fue la fotografía de un témpano de hielo (obra de Cano Erhardt) que ilustra la cubierta de la edición de *Bartleby*. Y sobre ese témpano se instaló la imagen complementaria del Minotauro que exige su tributo anual de vidas, el Minotauro en su laberinto que espera la llegada de siete efebos y siete doncellas para sacrificarlos y alimentarse con ellos. Más allá o más acá de estas

imágenes, de estos símbolos generadores, hay en el libro una conciencia extrema de la finitud de la vida, de la propia postrimería, y un reconocimiento expreso de que «he tenido que llegar hasta aquí» para aceptar la gracia de la vida y reconciliarse con ella. Con ese libro final Marta firmó la paz con su propio existir, pero lo hizo a su manera: con una palabra afilada y al mismo tiempo doblada y retorcida hasta la extenuación, como un viejo leño que no da su brazo —su fibra— a torcer.

Tengo la sensación de que el tiempo de la poesía de Marta Agudo está por llegar, de que su escritura sigue creciendo en el aprecio de los lectores, como demuestran los sucesivos homenajes de que está siendo objeto. Dos palabras resumen su paso por la vida y el lenguaje: verdad, autenticidad. La poesía no pide más, pero son pocos los que pueden o logran estar a su altura sin doblez ni premeditación. Marta fue uno de ellos. Como escribió ella misma: «No hay cordillera sin dos ni zanja sin cuerpo vivo».

MARTA AGUDO

Antología poética

De *Fragmento* (2004. 2022)

Mundo preñado,
amaneces.
Humedad alargada de los siglos.

•

Y repueblas distante la humedad,
lúbrico depredador de albas,
hilo ausente que nunca fortifica
y deja un resplandor herido tras su luz.

●

Dices luz y no iluminado,
aliento o perdón al filo de las sienes
pero siempre presencia.

Herencia en sustantivo emancipada.

●

Has heredado el ser:

la carne en su centella,
el salmo por rencor,
la tierra y su hendidura.

•

Por el borde curvo de la tierra
caen los ausentes
transformados en dios.

Trabado alud.
Sediento cráter.

•

Cráter que contiene
la rúbrica del miedo:
bostezo de cal sobrecogida,
redoble de luz por quien los niños
aprietan los puños sin saber.

•

Sepa el cuerpo sus golpes:
pared de hondas sacudidas
tras cada incertidumbre.

Morse, zarza escrita.
Lenguaje hecho de tildes
y puntos sobre pieles.

•

Anula el punto
 innúmeras palabras.
Ovillo sin fin
 y aquí
 pavesa inmóvil.
Remanso de una ráfaga sin dónde.

•

Llegaste a ráfagas,
 fractura como lento desnudo,
 erguido imán de decepciones.

•

Vértebra a vértebra yergues el discurso,
geometría del verbo
 en verso suspendida.
Ni ebrio origen ni trazo rebosante.

[...]

De 28010 (2011)

FONÉTICA

1.

Me llamo Marta. Me llaman Marta. Fui bautizada en escenarios sin dueño hasta que mis ojos fueron, poco a poco, dilatándose en ficciones.

2.

De ser cierto que el tiempo no existe, solo queda saberme en el espacio. Aquí. Con mis cinco letras inscritas en cada una de mis neuronas, en cada viaje que amplía el compás sin esfera, pasillos interminables por los que me deslizo entre un insecto y su espuma, y la mirada de un niño que, consciente de ser niño, contempla sus venas como si dos manos ahogadas...

Pero qué más da si oigo, siento o si azul el mediodía...

5.

... bajo el hielo que se derrite. Misil de angustia en el que ahogarse tras ventanas que no cesan de adjetivar. Hoy estás herida, ayer rutilante, y mañana, quién sabe si mañana vendré con pájaros moribundos. Siembra silencios y recogerás soledades, dice el humorista. Habré de callarme para recomenzar, frotarme las manos para que desaparezcan las huellas dactilares y, en la explanada abierta de la palma, poder sembrar las vocales de un lenguaje propio.

11.

Me llamo Marta y las palmas sin huellas de mis manos no me permiten firmar ni saludar desde fuera, cosas simples para quien palpa azúcar tras los espejos. Si las vocales unen consonantes y las consonantes imantan vocales, dadme mis letras para recomenzar. Cogí la «o» y desollé su sentido. Dadme mis letras para recomenzar. Dadme aunque sea un cero, pero uno completo, cuadrado y sin fisuras.

SINTAXIS

1.

La sintaxis, la herencia, variaciones del tiempo... ¿Se hereda la estructura mental de lo escuchado? ¿Hacia dónde, pues, trazar la fuga?

3.

... en la que tenderse a balbucir. La cortesía verbal o dejar que me comprendan. No condenaré, pero tendré que hablar, y tras la voz y mis gestos el juicio ajeno. Brújulas, miradas que repercuten en círculos ascendentes. Te aíslas o cedes, te retraes y letras que te defiendan. No hay tensión más continua que los otros.

5.

... sintaxis de los prodigios, la relación del yo con sus restantes. Se desgastan las aceras y plagas acorraladas, infecciones aún por explorar, avalancha de vidas que sustentan el engranaje de este mecano de hombres bruscamente verdaderos. Milagro o astucia, ignoro las reglas y voy dando tumbos hasta casa. Cuando llegue patios abandonados, memorias de oscuros exterminios, aunque, paredes adentro, hexágonos de miel.

6.

Hay un rojo sanguíneo: la transexual periferia del lenguaje. La miro, como quien contempla la perfección de un muerto, como quien roza el privilegio de la flecha o los saltos de un día a otro con la dulce fluidez con que ríen los idiotas.

GEOGRAFÍA

1.

Porque dicen que el tiempo no existe, me ahogo lentamente en el espacio. ¿Me ahogo? No, me recompongo hasta el día siguiente en que recibiré signos, mensajes, relatos para sustentar mi porosa geometría.

2.

Pongo la tele y sonrisas húmedas. Zapping de orden y museos. Animales ejecutados y orejas desalojadas. Correas tras espasmos de gloria, segundos de pedestal y la destreza del suelo. Como en un truco de magia, cada ficha se recoloca en su casilla hasta el pistoletazo del día siguiente. Ciudad peregrina pero en orden, albergas pelucas y santuarios, frecuencias que sin rozarse construyen la veracidad de un mapa...

5.

... ¿y para qué otro lugar si la fiebre no me supo feliz y no puedo declinarme de otro modo?

7.

Rebobinar y desdecir la saliva que aquí me trajo. Volver a generar una sintaxis que no tenga filiaciones, adherirme a los caminos, contemplar la rectitud del monte, el descanso sonoro de las playas...

8.

... y me da miedo el espacio, le dice un crío de seis años a su madre cuando cruza la puerta del colegio. Aquí, en mis calles, la angustia se atenúa: veintiocho cero diez.

SECUENCIA

2.

Me llamo Marta, me llaman Marta y me persigue el idioma en que se expresa el moribundo. No reconozco sus grafías, pero siento que el techo se acerca. Un microscopio y un millón de cuerpos que crecen y caen, sucumben y se alzan entre antenas prodigiosas. No por mucho madrugar soñarás más certidumbres. Mi lengua no alcanza a nombrar el salitre de los cielos...

3.

... su intensa planicie amarilla, su gong denso y en víspera. La ansiedad de tener que vivir todos los días; pues si es cierto que el tiempo sucede, a qué pretender certezas.

4.

Soy una mujer y avanzo por una calle de niebla, y si resisto es solo por constancia, por la certidumbre de lo dislocado...

8.

... hacia el sumidero del yo. Aunque soy tanto de ustedes que apenas me conjeturo, soy tanto del tiempo que apenas me reconozco. Maduré entre animales de tanto abandono que he rumiado, y a solas, el rito manso de la desaparición.

De *Historial* (2017)

Y me nombras, enfermedad, pero no alcanzo a ver tu itinerario. Puerta sin cerradura, habrá que arrinconar al animal que pudo vivir un azul más verdadero. Excusas luminosas, ha llegado el momento de enfrentarse a las iglesias. La laxitud de los rosarios no basta para ahorcar la incertidumbre de un hígado que sangra y soberbio ignora la paradoja del inocente: si vivir ya implica morir, para qué estos sorbos de nada precedida.

•

Adiestrada en el arte de la desaparición, froto mis pétalos de cáncer para saciar el hambre en la vendimia. Está asegurada la reyerta, también el responsable del triunfo. Palpo entonces el vacío creciente, las grietas que acampan en la piel. Abrevian su distancia, y donde antes crecían palmeras hoy se retrasan las grullas. No queda espacio para el ave ni su nido. Oigo el escozor del vuelo, el ala que se afila en su planicie.

23 de marzo de 2005, muerte de Lucrecia

Y yo que vi el sudor de los peces, el dolor del devorado, recogeré uno a uno mis muertos y haré del animal que resulte panteón inocente, lamento justo.

Hasta entonces la argucia, mirar y no ver; la dilación, conocer y deglutir ese suplicio.

•

Con la coquetería de la mujer que duerme con los pendientes puestos, con el dolor de lo incoloro me iré para clasificar lo que sí y lo que no, el margen de lo respirable. La pantalla del futuro es un coágulo de historias que no tienen por qué suceder. Cerrazón del espejo, mirada ancha, ¿cómo repercute el magma de la historia en este cuerpo de niño jugando entre la arena? Cadena de siglos, pero siempre cuatro extremidades acabadas por cinco uñas que se mantendrán mientras la circulación, mientras el deseo de arañar, mientras el sol cubra la mente y comparta el deseo de ser ciclo de algo.

Existo, bien lo sé, porque palpo el dibujo de mis vísceras. El centro: ahora-aquí, en él radico, como volumen que ultima su oficio necesario. Lustro a lustro, sin más orientación que la fotosíntesis o la anciana que cruza océanos sin bracear, memoria viva, el escarmiento o el tirón de orejas porque es quizá en el cuerpo donde se enciende la brecha de aquel dios. Aprender la lengua del recluso. Hoja tras hoja sin importar si es suya o de aquella nervadura que une origen con paisaje, conciencia con misión de hacer del suelo verdad que se propaga.

•

Cuando solo calma saberse individuo en declive, párpado que rastrea la melancolía como caracol que recogiera su baba. Envejecer obliga a consentir, mediación de la carne al silencio, caballo caminando sin herraduras, pájaro sin ala derecha. Hacer del menos virtud, hondonada brillante; hacer del miedo viveza, religión que no conjugué...

CUATRO TIEMPOS

I.

Se derramaba la vida por los lados y enjambre de delfines sorprendidos.

Pensaron que era el mar y su aridez los tomó por sorpresa. Los pentágonos (nadie los había avisado) no son habitaciones confortables, excepto para tres abejas que recorren con su lengua el ansia de lo dulce. Altivez geométrica.

Pensaron que era el mar, tanta ola incendiada. Los pentágonos no hacían el entorno más habitable y nadaron por superficies blancas de aquella espuma anfitriona.

Pensaron que era el mar, pero dónde la marea y su sintaxis. Avance o matadero. El celibato del crimen se impuso a la evidencia y la paradoja a la luz de las luciérnagas.

Con todo, uno de ellos se adelantó. Pensó que era el mar o el engaño infantil de quien nunca cae enfermo. Creía haber visto crustáceos en las márgenes. Epicentro de volcanes sin cráter, ardor de moléculas reticuladas. Surcó los saladeros, pero oxígeno expatriado. Adelantó algunas leguas y ni el más perspicaz de los observadores lo habría visto pararse.

Creyó que era el mar y su bandera sin barras ni yugos. Lo confundieron con un hombre y fue poca la sangre vertida. La sal absorbe las huellas y al cabo de unos minutos todo quedaba igual. Arrecife de la devastación o peñasco con hueso reciente.

Se derramaba la vida por los lados...

II.

En qué se distingue un pájaro del nido, el gris de otro gris que al ser más vertical carece de trastornos.

Aprobó entonces el cielo que, sin cláusulas ni condiciones, pudiera emerger hacia abajo su autonomía.

Se derramaba la vida por los lados y en medio de la hecatombe nació un río de arena. Arenario hecho carne, vidrio perplejo. Todo se mezcla cuando se intuye la catástrofe. El planeta descifra sus códigos y el ADN del viento se jacta de ser sin ser; llanto invisible.

Acércate y escucha cómo se mueve la tierra.

Se derramaba la vida por los lados y fue allí y entonces donde creció, sin más motivo que la sucesión de otra cruzada, un árbol, el canon de lo vegetal, la organización anónima de lo idéntico.

¿Lo idéntico? No hay biografía igual a otra. Abre bien los ojos y verás qué derroche de púas contrarias, qué sarampión de grises el invierno.

Se derramaba la vida por los lados y cinco meteoritos festejaron al llegar la mañana el ímpetu irreverente de la espina, el recelo hecho estrategia.

III.

La manera de fabricar espacios íntimos narra el curso de la historia. No fue el verde o la densidad del pleistoceno. Antes de que el presente concluyera ya existía este paisaje de franjas.

Ni el sol se atrevía a consagrarlo y solo la luna aceptó, con el ímpetu de sus articulaciones, el reto de alentar crecientes mareas de sal.

Se derramaba la vida por los lados y solo montañas, aunque alguno dijo que al fondo podía escucharse la memoria de dos mares gemelos. Las olas que no rompen se enquistan en la orilla o el subconsciente azul de todos los ahogados.

Dólmenes, monolitos, círculos donde hablar con la tierra de tú a tú.

No hay emisarios suficientes para tanta angustia erigida. Las piedras enardecen a los hombres, que hacen con ellas cabañas o escudos a partes iguales. La intersección del «contra» y el «con», las vicisitudes del miedo. El círculo serena horizontes porque en la curva se pierde cuanto la recta tiene de lanza.

Se derramaba la vida por los lados, pero dios nunca llegó. Ellos siguieron construyendo, con la fe de una noche sin puertas, círculos o entradas a ninguna parte, accesos pétreos a lo subconsciente, letanías minerales, superficies acaso de un cerebro incendiado.

Tanto himno ¿para qué? ¿Para quién tanto ofrecimiento? No importaba el destino sino obrar. La nieve imaginada por tantas manos frías. Las

arañas dejaron de tejer sus fastuosas telas porque nadie se ahorcaría allí. Pero era importante estar, permanecer en guardia ante un cielo sorprendido por no tener mensaje alguno.

¿Quizá era una broma, el sarcasmo de lo trascendente vestido de niñería?
Da igual. La elipsis o la clave perenne de todas las cerraduras.

IV.

La incomunicación, el sigilo del tiempo o la sordina de la experiencia. El nadie o la clave de todas las cerraduras. Pero la vida se derramaba por los lados y no se supo nunca por cuántas leyes de Newton o círculos de Galileo se dirimió que el hombre observaría su alrededor, por cuántos pronósticos de Kepler admitió que habría de morir, por cuántos barrotes salados el renacer anónimo de tanta vitalidad...

Diálogo con la serie fotográfica «Altas soledades»
de Cano Erhardt

De Sacrificio (2021)

No busqué nombres célebres. Cada síntoma o persona constituye un tupido linaje: imperio de una ciudad de reposos, deslices o ritual de secuoya. Uno a uno lloramos al nacer, uno a uno ofrecemos nuestras manos para ser escogidas entre el resto de individuos. Génesis incompleto, salazón de este glacial que se abre porque imagina una victoria de eclosiones, la curvatura incluso de la descendencia. No busqué más nombre que el común, su timón de neuronas. Mira esta cicatriz sin herida, oscuridad sin noche...

•

Lentamente contaré mis huesos uno a uno para que el punto final no sepa más que yo. Los músculos, los órganos vitales supuestamente ordenados. Comprobar la tracción de las muelas, los pies y sus argollas. Bujía de un material celeste que debo aprender porque soy él y se ríe de nuestra senectud hecha de treinta y tres mil quinientas madrugadas. Aquí me observo y me tanteo, esculpo las arrugas de la vida para que el cuello y su memoria, para que el pájaro en su sed...

Vuelvo a este decir retráctil porque mi hígado va olvidando el interior de mi cuerpo. Voluntad suicida. Nada puedo entonces recriminarle. Supe demasiadas pastillas, supe demasiada droga y ventana abierta como para sermonear a esta víscera hecha de sucesiones. Sin huesos se astilla, sin aire se inflama borracho de autogestión. Será el PET-TAC o el noticiario de lo que nunca se quiere saber, carcasa de involuciones venideras...

•

Habito en la circunscripción del miedo. No se puede pedir más a esta suma de átomos desparramados: una aguja y su desquite, otra llamada a la puerta, el ímpetu del médico en su currículum.

Bastaría con retroceder hasta cuándo, llegar al dónde en que comenzó todo y saltar, serenamente, con la firmeza del pájaro en extinción.

El aislamiento y niños pseudoepilépticos con pantallas por ojos. Pupila cuadrada, cerebro romboide que suena a robot infantil como el de aquel anciano que va olvidando la escritura. La generación de los selfi se relata a golpe de instantánea, construye su maldita biografía porque quién es nadie para decirles que «no». Presente puro para narrar que están comiendo al sol en un chiringuito cualquiera o que este cordero lechal está divino. Las comisuras del presente y del pasado limadas en un «me gusta» porque aquí solo la aprobación de los demás. Rehenes de una tecla. Distopía del viejo examen.

•

Llega la pieza de fruta. Es la esperada. Exactitud que poco revela en este espacio de leyes casi granizo y mi cuerpo, como una esponja de corcho, extiende una sonrisa que concibo mía porque dicen la procepción. Bulto que reflexiona.

Depender es tener que dar las gracias permanentemente.

Todo era una lluvia de agujas, alfileres sosteniendo recetas, colmillos sin
dedales. Variaciones de la agresión con nombres como capas de epidermis.
La desnudez recibe sombras de algún temor infantil o ancestro del daño.
Aquí la venda no arropa, recubre,
aquí una vía no es rumbo, sino maniobra para pretenderte inmóvil.
Cáscara que caducas a golpe de mínimas resonancias...

•

He tenido que llegar hasta aquí para entender la caligrafía gozosa del mar.

Puntos de vista

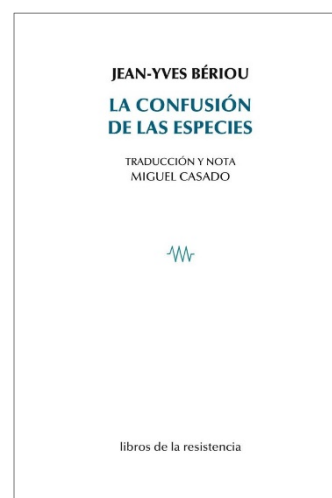


JOSÉ LUIS GÓMEZ TORÉ
Larga vida al surrealismo

[Jean-Yves BÉRIOU, *La confusión de las especies*, traducción de Miguel Casado,
Madrid: Libros de la Resistencia, 2023]

Como señala el mismo Miguel Casado, traductor de estos poemas, «al abrir *La confusión de las especies*, la primera impresión es que se trata de una propuesta fuerte». En efecto, es así: nos encontramos ante una propuesta estética que asume riesgos, que no hace concesiones a la pereza lectora ni a los cauces de lo que se denomina (con una terminología no menos perezosa) la comprensibilidad. Es el lector el que decide, si entra o no en un mundo que se va desplegando según una lógica interna, que habla y que calla, como quería Celan, en un idioma extranjero. Al modo del viejo romance del conde Arnaldos, la voz lírica parece decirnos «Yo no digo esta canción/ sino a quien conmigo va». Y así es: quien hace el esfuerzo de pasar el umbral y no se deja amedrentar por esa opacidad primera, se verá ciertamente recompensado. Bériou tiene una asombrosa capacidad para avivar las imágenes, incluso aquellas que parecieran lastradas por la carga metafórica de toda una tradición. El poeta (que publica originariamente el libro en francés en 2018) se inscribe en la ya larga herencia de un surrealismo que, pese a su vocación rupturista, constituye ya en buena medida una tradición más, como ha ocurrido (sorprendentemente o no) con otras vanguardias. Sin embargo, fiel en esto al espíritu más que a la letra del movimiento, Bériou convierte el poema en un territorio inestable, fecundamente confuso si atendemos al propio título, puesto que ese desorden forma parte consustancial de la existencia. Incluso

cuando se aproxima a esa constelación, central en los surrealistas, que forman la muerte, el amor y el sexo, lo hace desde una mirada propia, con una vivacidad propia, no heredada. «Tú ya sabes lo que sabe la criatura. Te agarras a las cortinas del amor. Ya sabes lo que sabe el pulpo de caza entre los corales. Sabe del amor, y el tiempo se va», leemos en «Lo que sabe la criatura», con expresiones que nos pueden recordar quizá a *La destrucción o el amor* de Aleixandre en esa proximidad entre la pasión humana y lo animal, entre el *eros* y el *thanatos*. No obstante, Bériou no es nunca programático (como sí lo es con frecuencia el poeta del 27), lo que de alguna forma parece más consecuente con la pulsión surrealista. Lo animal es este libro una vía para encontrar el idioma del deseo, para intentar eliminar de la lengua toda su carga ideológica, todo su miedo a sí misma, todo su afán de fronteras: «¿cómo se dice deseo en la lengua de las golondrinas?»



Con un juego, irreproducible en la traducción entre *chien* y *rien*, Bériou busca, como los místicos, esa paradoja insuperable que es hacer hablar a la nada: «El hocico de la nada, no el hocico del perro. El hocico del perro, eso es algo: te come de la mano, te devora por nada». Pero a diferencia de lo que sucede en la mística, no es la trascendencia, sino la pura inmanencia la que resulta elocuente. El título, darwinista y antidarwinista a un tiempo, proclama esa constante metamorfosis de lo

real, que es también la metamorfosis del poema, cambiante siempre como el mar, para afirmar desde su misma negación: «el mar no tiene más que una palabra que decir, no la dice nunca, y es el lenguaje el que se come crudo». Y es que el movimiento oceánico de la naturaleza, del lenguaje, niega para decirse, para decir la vida, una vida inseparable de la muerte. El milagro, también lo terrible, acecha desde cualquier rincón: «La tormenta espera bajo la mesa/ el iceberg entra en la cocina».

ENRIQUE VILLAGRASA

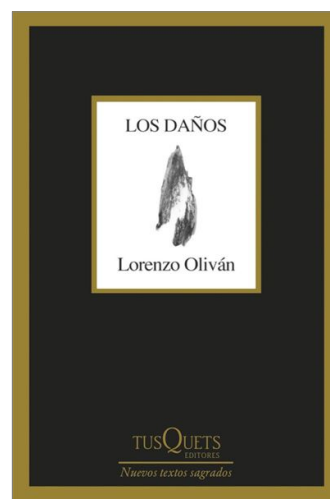
Tormenta e ímpetu es la poesía de Lorenzo Oliván

[Lorenzo OLIVÁN, *Los daños*, Barcelona: Tusquets, 2022]

De tormenta e ímpetu se podría calificar la poesía contenida en *Los daños* (Tusquets) de Lorenzo Oliván (Castro Urdiales, Cantabria, 1968). Poemario que es el más singular y riguroso que he leído de este poeta castreño. Le ha echado un pulso a la vida, al lenguaje y a la memoria en su particular paisaje de sus silencios frente al silencio. Un poemario sublime: belleza y calidad poética por doquier, para sorpresa y gozo de las personas lectoras. En estos tiempos no se está acostumbrado a tanta poesía. Es una búsqueda impenitente por el laberinto del ser: esa su existencia pascaliana, donde el corazón tiene razones que la razón ignora. El poeta asume debilidades y conflictos de la máscara, ante tanta incertidumbre e hipocresía, para limpiar esos daños y aprehender de esas pérdidas que nos acompañan: «Pues lo real se encierra/ en su distancia intrínseca».

Los daños es un poemario dividido en cuatro partes, con un poema, 25, 42 y otro; y con citas muy significativas y ad-

miradas, que dan cuenta de su bagaje, de José Ángel Valente, Juan Ramón Jiménez, Ada Salas, Louise Glück, Anne Carson, T. S. Eliot y Paul Celan; con poemas cortos y largos, poemas en prosa y poemas que son un *florilegium* de aforismos: «la noche es sumidero de la noche». La apuesta por el fragmento poético es significativa en la poesía de Oliván, donde además anida su saber teórico existencial poético. Los poemas breves son en los que está su enjundia poética, la de ese yo poético, ficticio pero verosímil, del poeta. La proyec-



ción del paisaje que experimentan esos versos, esos momentos plasmados, que recorren 10898,4 metros, una distancia tremenda: deseada y perseguida, para llegar a: «El interior del mar:/ la más extraña forma de lo abierto».

Y otra de las cosas admirables de este poemario es la cantidad y calidad de las preguntas que hay y que suscita: qué sería de nosotros sin la mirada del poeta, esa mirada exigente, casi obsesiva: «Por eso pierdo tan frecuentemente/ el sentido en el acto/ de escribir un poema». En sus versos hay pintura, escultura, tiempo, amor, muerte, dolor, alegría, vida, lo lejano y lo cercano, cielo y mar. Ese cantar y contar, mirar hacia lo que te rodea, lo más cercano, de manera sabia, sencilla, pues: «Miles de arañas tejen en la sombra/ redes en que caer».

Así pues, *Los daños* está cimentado en la mirada, la memoria y el lenguaje, y de esa cimentación surgen tres pilares: evocación, sugerencia y ritmo. Y el poeta ha

aprendido de la poesía de la vida y se ha hecho su amante. Y si recordar es, no cabe duda, volver a mirar; así pues la poesía de Oliván, con nueva mirada que se orienta, hoy más que nunca, con una luz distinta: interior e interesada. Y es que la mirada del poeta se apropia del entorno y descubre en él lo que la apariencia oculta. Poeta que domina el juego de la sugerencia sobre el de la declaración explícita. Poeta, pues, que se embarca en la búsqueda de algo nuevo, observando a su alrededor y poetizando lo que le ofrece su propia vida: sus poemas son lo que ve, experimenta, ama y pierde: «¿Lo mejor de cualquier poema tuyo/ no queda tras las puertas que no abriste?»

Creo que este poeta, Lorenzo Oliván, ha escrito un libro que recuerda a Antonin Artaud, pues es como una puerta abierta que nos lleva tal vez a dónde no quisiéramos ir. Este libro es esa puerta encajada en la realidad. Y todo como un juego, pues en lo lúdico está lo lúcido, diríase.

ANTONIO RESECO

La crecida de las aguas

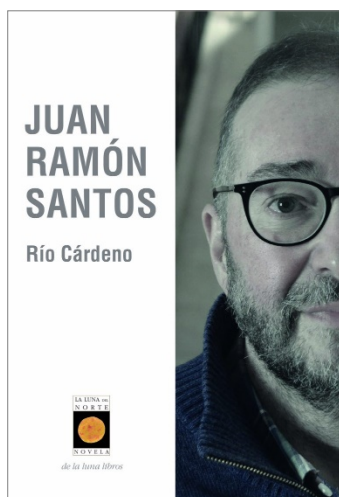
[Juan Ramón SANTOS, *Río Cárdeno*, Mérida: De la luna libros, 2024]

Tiene Juan Ramón Santos (Plasencia, 1975) una maestría en la construcción de la novela que viene avalada por un puñado de títulos del género. A ello hay que sumar sus libros de relatos y sus incursiones, nada desdeñables y laureadas, en poesía. Esa maestría solo confirma que nos encontramos ante un escritor de raza cuya producción lo convierte en un grafómano razonable, si es que aquí el adjetivo puede aplicarse al nombre y no estamos ante un claro oxímoron. Santos exhibe una forma de contar sin prisas pero sin pausas. Y se

sirve de la más pura frase castellana que, como decía Pla, termina en cola de pescado. Una frase larga llena de subordinaciones que requiere de un oficio notable y que, en el caso que nos ocupa, debe llamarse, por méritos propios, estilo.

Aparece ahora, dentro de la colección Luna del Norte, de la editorial De la Luna Libros, la novela *Río Cárdeno* (Mérida, 2024). Con un nombre casi de wéstern a lo John Ford, y situada temporalmente en la España rural de 1963 (dato que se colige exclusivamente por una mención a Ken-

nedy y al tiempo que llevaba en el cargo), la narración discurre en ese periodo de la construcción de embalses y del mundillo de corruptelas e intereses –poco explorados, aunque sin duda creíbles– que debió de darse en la época. Juan Plata, un estudiante de segundo de Derecho, larguirucho, avisado y con la intrepidez de las películas del oeste que estaba acostumbrado a ver, se dispone a descubrir la trama que se oculta tras una repentina compra masiva de terrenos por parte de un grupúsculo de personas de peso en la zona de ambientación. No falta algún aristócrata, un abogado, el alcalde, algún empresario y toda esa recua de colaboradores necesarios como notarios, registradores y funcionarios corruptos. Junto a ellos, algunos personajes que hacen perdonar al género humano, siempre al borde de la condenación. Detrás de las adquisiciones se esconde el proyecto de la construcción en un embalse gigantesco que acabará con la vida y recuerdos de gentes ignorantes de lo que a sus espaldas se cuece. La crecida de las aguas hará desaparecer poblaciones importantes, acarreará migraciones y convertirá en regadíos tierras que harán más ricos a los que ya ricos eran. Se atribuye a Hobbes el adagio «la información es poder», y es exactamente en la búsqueda de esa información donde transcurre la mayor parte del relato. Y con estos mimbres el narrador nos va a atrapando en una historia que tiene la virtud de no hacerse larga ni tampoco quedarse corta, y en la que sus personajes se encargan de adornar una única línea argumental.



Juan Ramón Santos hace tiempo que ha creado un territorio propio para la localización de sus novelas. Una comarca imaginaria a lo Tolkien, pero menos sulfatada y guerrera, que se ubica en el oeste de España. Aracia, Ochavia, Pomares, Labriegos y Aldeacárdena son algunos de los topónimos entre los que se desarrolla este universo habitado por pequeños, cómicos y enternecedores héroes rurales. Porque todo lo que está alejado de los verdaderos círculos de poder hace que tanto los que exhiben músculo como los más débiles apenas sean una función de un circo de provincias. Como reza el dicho, en el país de los

ciegos, el tuerto es el rey. Cabe por este mismo motivo destacar que, con esta novela, el escritor placentino amplía ese elenco de personajes pintorescos que siempre nos recuerda a un mundo que se pierde, pero que existió en las zonas más recónditas de este país árido y estepario.

Al final, el protagonista tiene que huir de un contexto limitado y apático que se le queda pequeño. Porque si algo constata la historia de la humanidad es que las sociedades suelen construirse a sí mismas. Y esta ciudad ficticia de Aracia es un microcosmos que fagocita a sus habitantes y no les deja cambiar su destino, como la sociedad vetustense encorsetaba a todos los personajes de *La Regenta*. No obstante, Juan Plata asesta el zarpazo final desvelando el entramado y poniendo contra las cuerdas al contubernio. Los resultados no se conocerán. No se sabrá si propósitos y proponentes salieron airoso de todo ello, si el embalse anegó poblaciones, si los se-

cundarios fueron o no felices o si el protagonista acabó la carrera. Pero este no es el asunto central del relato, sino la necesidad de ampliar horizontes de un protagonista que descubre finalmente que solo el cam-

bio posibilita el progreso y que, a veces, hay que romper con los lazos que nos ataban a un determinado lugar o entorno para encontrar el camino que la vida tiene diseñado para cada uno de nosotros.

NATALIA CARBAJOSA

El castigo del exiliado

[Antonio GÓMEZ RIVELLES, *El castigo del exiliado*, Cartagena: La Nube de Piedra, 2023]

El artista plástico Antonio Gómez Ribelles (1962) lleva tiempo combinando la pintura y la fotografía, hasta no hace mucho su ocupación principal, con la escritura, que se va abriendo camino en su repertorio con claridad y firmeza. En su poemario anterior, *Las lagartijas guardan los teatros* (2021), ya nos daba pistas de por dónde discurre su mirada artística transformada en testimonio verbal: lo pequeño, esos reptiles que colonizan la permanencia de la piedra, medido contra la grandiosidad humana –milenios de historia, en este caso la del imperio romano– que, sin embargo, solamente es capaz de contar su pasado mediante ruinas.

Su nueva obra, *El castigo del exiliado*, vuelve a anunciar su contenido desde el mismo título. El sustantivo «castigo» junto al adjetivo «exiliado» resuena con contundencia. Se presenta así una versión contemporánea, personal a la vez que colectiva, de un Odiseo que, a pesar de las connotaciones del título, nos interpela desde una meditación serena sobre el viaje de la vida y sus pérdidas. Dicha meditación aflora en varios planos entremezclados: el mítico, con las referencias a *La Ilíada*, a los naufragios y a ese *Mare Nostrum* que todavía rige nuestros destinos; el personal, con versos donde reencontramos obsesiones presentes en toda la obra del

autor, tanto artística como literaria: la casa, la familia, las ciudades, los que ya no están; y el artístico, por el que los poemas recogen observaciones de objetos, fotografías o muebles que, ya desprovistos de su utilidad o arrumbados por el paso del tiempo, se expresan en otra clave, otro decir, desde un misterio que solo el poeta es capaz de desentrañar a medias, antes con la mirada que con el verbo. Algunos de estos poemas, como «Las afueras», constituyen incluso una declaración de intenciones:

Ver las cosas desde la frontera.

Desde la atmósfera exterior de cada cuerpo.

Como el hueco que dejan en el aire.

Ver las afueras de los objetos y las personas.

A veces hay algo que irradian.

Resulta novedoso escuchar a los poetas, por lo general entregados a la exploración del mundo interior, aplicarse más bien a lo de fuera. En este sentido, la poesía de Gómez Ribelles parece adscribirse a lo que el filósofo Josep María Esquirol ha definido como «un nuevo materialismo: el de las manos que toman y tocan» que anule la falta de concreción del mundo actual. En los poemas de este libro no solo hay cosas que se ven y se tocan, sino que, además, cuando el autor piensa en algo o evoca su

recuerdo, también lo hace a través de los detalles, sin apelar a la abstracción:

*Pienso en mi padre haciendo un volcán.
[...]
pienso en su mano, en su brazo dentro
horadando la montaña de arena,
un túmulo de arena húmeda y apelmazada,
él apoyado sobre sus rodillas, arrodillado
con su mano amplia de dedos fuertes de
[venas marcadas,
dentro, fuera.*

Esa oposición «dentro/fuera» marca, precisamente, el camino de cada palabra y cada verso. La conciencia de que esta dualidad existe es, en su propia naturaleza inasible, más potente que cualquier quejumbrosa constatación de la pérdida en sí o del paso del tiempo. Lo que cuenta es ver y establecer ese diálogo de tintes metafísicos con lo observado en el momento presente o a través del recuerdo; y moverse así en una especie de filosofía, en efecto, de lo concreto, sin más pretensión que la contemplación desprovista de *a priori*, pasivamente oriental, alejada de un ego que interprete lo contemplado. En un bellísimo poema de tintes cavafricanos, «Melancolía de Odiseo», el poeta concluye:

*que sea mejor el hueco, donde todo es visible
[e intocable;
antes el placer de mirar que el intento de
[comprender
un mar que solo responde con su enigma.*

Gómez Ribelles se convierte así en un mediador, no solo entre dos lenguajes artísticos —el visual y el verbal—, sino entre el objeto y el sujeto. La suya es una poe-

sía-puente entre la realidad y el eco que deja —que irradia, como él mismo dice— en la conciencia que mira, sin discriminar entre lo útil y lo inútil, lo importante o lo banal: «Lo veré todo sin poder entrar./ Lo veo todo sin poderlo ver». Se proclama a sí mismo, de este modo, «aedo» para una difícil misión: «No se pueden explicar las cosas,/ solo describirlas minuciosamente». Su poesía abre puertas a un modo de decir que, quizá, nos ha pasado demasiado a menudo inadvertido, por estar cada cual demasiado pendientes de quimeras que, al final, no consuelan ni abrigan:

*Cuando el huésped se va,
en la mesa brilla el vaso
y lo ilumina todo.
Otras luces ya no sirven.*

Como objeto bello, destaca además la cuidada edición del libro, a cargo del artista convertido en editor Luis González-Adalid, igual que esas ventanas cerradas que «siempre invitan/ a mirar dentro». Porque lo que hay dentro siempre nos habla, aunque no lo sepamos.



Colaboradores del número 3

Todo hombre tiene una hora en la que ha de elegir. La hora de Fletcher Christian es este sable desenvainado proclamando la rebelión de la Bounty: la elección de un gesto, de un destino.

Pere GIMFERRER, *Segundo dietario 1980-1982.*

Marta Agudo (Madrid, 1971-2023) fue poeta y profesora de Literatura. Su poesía se dio a conocer en 2004 con *Fragmento*, libro al que siguieron *28010*, *Historial* y *Sacrificio*. Especialista en el fragmento y el poema en prosa, coeditó la antología *Campo abierto. Antología del poema en prosa en España (1990-2005)*. Fue también una asidua estudiosa de la obra y la figura de José Ángel Valente. ≈ **Edda Armas** (Caracas, 1955) es poeta, psicóloga social y editora. Autora de dieciocho libros de poesía publicados entre 1975 y 2024, los últimos publicados en España son *Fruta hendida*, *Talismanes para la fuga* y *En el oído medio*. Ha recibido, entre otros premios de poesía, el Alcaldía de Caracas 1995 y el Premio Internacional XIV Bienal José Antonio Ramos Sucre. Recopiló *Nubes. Poesía hispanoamericana* para Editorial Pre-Textos. Ha representado a su país en encuentros literarios en Europa y América y presidió P.E.N. Venezuela. ≈ **Juan Luis Calbarro** (Zamora, 1966) es escritor, editor y profesor de Lengua española y literatura en el IES José García Nieto. Su poesía se reunió bajo el título *Caducidad del signo*; también ha publicado libros de crítica de arte y literaria y biografía. Dirige la editorial Los Papeles de Brighton y la revista *Gesto*. ≈ **Natalia Carbajosa** (Puerto de Santa María, 1970) es profesora del área de Lenguas Modernas de la Universidad Politécnica de Cartagena. Es autora de varios poemarios; los últimos son *La vida extraña* y *Lugar*. Ha publicado también relatos, literatura infantil y juvenil y ensayos como *Shakespeare y el lenguaje de la comedia* y *Female Beatness: Mujeres, género y poesía de la generación Beat*. Ha traducido, entre otros, a Adrienne Rich, Ana Blandiana y T. S. Eliot. ≈ **Ignacio Cartagena** (Alicante, 1997) es diplomático y ha escrito ocho libros de poemas. *Europa cuando llueve*, que aparecerá en otoño, es el tercer libro de una serie que se inició con *Los últimos días de Plinio el Viejo*, continuó con *Las cataratas de Nelson* y se cerrará con *Tepidarium*, actualmente en preparación. ≈ **Jordi Doce** (Gijón, 1967) es poeta, ensayista, traductor y editor. Es autor de los poemarios *Lección de permanencia*, *Gran angular*, *No estábamos allí* y *Maestro de distancias*, entre otros, así como de la antología *En la rueda de las apariciones*. Coordina la colección de poesía de Galaxia Gutenberg. Su nuevo cuaderno de notas y aforismos, *La insistencia*, verá la luz en 2025 en Pre-Textos. ≈ **José Luis Gómez Toré** (Madrid, 1973) es poeta y ensayista. Ha publicado, entre otros, los poemarios *He heredado la noche* (accésit del Premio Adonáis), *Hotel Europa*, *El territorio blanco* y, junto con la artista Marta Azparren, *Claroscuro del bosque*. Acaba de aparecer, en su traducción, la antología de poemas de Bertolt Brecht *No pudimos ser amables*. ≈ **Isabel González Barba** (Madrid, 1967) es profesora de Dibujo en el IES José García Nieto. ≈ **Renato Guizado Yampi** (Lima, 1991) es doctor en filología por la Universidad de Salamanca y profesor de Literatura de la Universidad de Piura. Ha publicado la edición anotada de *Simbólicas*, de José María Eguren, y los libros *Detalle, ritmo y sintaxis en la poesía de José María Eguren* y *Forma y sentido en la poesía de Ricardo Silva-Santisteban*. Próximamente aparecerá su estudio *La poética continua de Javier Sologuren*. ≈ **María Elena Higuero** (Torredonjimeno, Jaén, 1994) es graduada en Matemáticas y en Literaturas comparadas por la Universidad de Granada. Ha publicado los poemarios *El agua y la sed* (Premio Antonio Carvajal) y *Los días eternos* (Premio Adonáis y Premio Miguel Hernández). ≈ **Jorge León Gustà** (Barcelona, 1962) es doctor en Filología hispánica por la Universidad de Barcelona. Ha editado obras de Lope de Vega, Fernando de Rojas y Cristóbal Mosquera de Figueroa, y escrito más de una veintena de manuales de Lengua castellana y literatura. Es autor de los poemarios *Pobres fragmentos rotos contra el cielo* y *El día y todas las cosas me esperan*, las memorias *Un veterinario en la nieve*, la novela *Gotas de lluvia* y la colección de artículos «Un soneto me manda hacer Violante...» y otras historias de la Literatura. ≈ **José Antonio Llera** (Badajoz, 1971) es profesor titular de Literatura Española en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado monografías académicas, diversas ediciones y algunos libros de poesía, entre los que destaca *Tanatografía* (Premio Leonor de Poesía). En 2017 obtuvo el Premio Café Bretón por el dietario *Cuidados paliativos*, que tiene su continuación en el recientemente publicado *Estatuas sin ojos*. También acaba de aparecer su primera novela: *Una danza con los pies atados*. ≈ **Jacqueline Loweree** (Ciudad Juárez, 1989) es antropóloga y socióloga y ejerce como evaluadora y estratega en el campo filantrópico en la ciudad de Nueva York. Es autora de *El tiempo de la mariposa* y *Canciones de una urraca*. ≈ **Kepa Murua** (Zarauz, Guipúzcoa, 1962) es autor de una extensa producción literaria y una dilatada experiencia editorial. Entre sus novelas podemos mencionar *De temblores*, *La carretera de la costa*, *Elegancia* y *Lavas Remi*. Sus últimos libros de poesía publicados son *Padel de nirvana*, *El cuaderno blanco*, *Trilogía del corazón*, *Canciones para Pau Donés*, *¿Dónde?* y *Orfandad*. Se han editado tres volúmenes de sus memorias. ≈ **Irina Papáncheva** (Burgas, 1975) se graduó en la Universidad de Sofía en Estudios Eslovacos, y en la Universidad Libre de Bruselas en Integración Europea y Desarrollo. Es autora de seis novelas (entre las que destaca *Ella, la isla*, dedicada a Fuerteventura) y de relatos cortos que han sido traducidos a cinco idiomas. Reside en Bruselas. ≈ **Diego Rasskin Gutman** (Buenos Aires, 1967) es doctor en Biología e investigador en el Instituto Cavanilles de la Universidad de Valencia. Es autor del estudio *Metáforas de ajedrez: la mente humana y la inteligencia artificial*, y del poemario *Todos los mundos el mundo*. ≈ **Mateo Rello** (Badajoz, 1968) es autor de poemarios como *Orilla sur*, *Fábula de Barcelona*, *A lomos de salamandra*, *Libro de cuentos*, *Tahúres* y *emplumados*, *Los primeros ángeles* y *El atlante*. Dirige la revista *Caravansari*. ≈ **Antonio Reseco** (Villanueva de la Serena, Badajoz, 1973), es poeta, narrador, editor y traductor, además de licenciado en Derecho. De sus numerosos libros, los más recientes son *Casi no existir*, *Posdadas*, *El café portugués*, *Lo que no será*, *Equilibrios*, *El tiempo de los transatlánticos* y *Gases y sólidos*. ≈ **Anay Sala Suberviola** (Sabadell, 1975) reside en Barcelona y trabaja en la administración pública. Es autora de los poemarios *Y (turno de réplica)*, *Medidas cautelares* y *Servidumbres de paso*. Con el primero obtuvo el premio Carmen Conde de Poesía de Mujeres 2009. ≈ **Josep Anton Soldevila** (Barcelona, 1948) es poeta y economista; ha estado muy activo en el mundo del asociacionismo literario. Ha recibido diversos reconocimientos; entre ellos, ha sido finalista de los premios Carles Riba y Ausiàs March. Entre sus libros se encuentran *La frontera de cristal*, *Cendres blanques*, *El llibre dels adéus* y *Soldat de nit*. ≈ **Marco Vidal González** (Sanlúcar de Barrameda, 1995) es graduado en Lenguas Modernas y sus Literaturas con mención en Lenguas Eslovacas por la Universidad de Granada. Ha traducido a diversos autores búlgaros contemporáneos y es editor en el sello La Tortuga Búlgara. ≈ **Enrique Villagrasa** (Burbáguena, Teruel, 1957) es lector y escritor de poesía. Es responsable de la sección de poesía en *Librújula* y colaborador de *Turia* y *Alhucema*. Su última publicación es *Fosfenos*. Es director de la colección de poesía «Rayo azul» de Huerfana y Fierro. ≈ **Pedro José Vizoso** (Xinzo de Limia, Orense, 1959) es profesor de español en el Hastings College de Nebraska. Ha publicado varios poemarios, como *La doble vida o Cuando las huellas se borran*, y libros de crítica como *El jardín de las estatuas* (sobre Delmira Agustini), *Galería modernista*, *El andamio* o *Madrid modernista*. Sus relatos se están publicando en distintos volúmenes bajo el título *Profundidad de los libros*. Ha traducido a Gérard de Nerval, Germain Nouveau, Xavier Forneret, Paul Verlaine y Maurice Rollinat, entre otros. ≈ **Tennessee Williams** (Columbus, Misisipi, 1911-Nueva York, 1983) fue uno de los dramaturgos más importantes del siglo XX, autor de éxitos tan universales como *El zoo de cristal*, *Un tranvía llamado Deseo*, *La rosa tatuada*, *Camino Real*, *La gata sobre el tejado de zinc caliente*, *Dulce pájaro de juventud* o *La noche de la iguana*, varios de los cuales fueron adaptados al cine. Recibió, entre otros muchos, los premios Pulitzer y Tony, así como varias veces el Premio de la Crítica Teatral de Nueva York.

Este tercer número de *Gesto* se terminó de editar en Las Rozas de Madrid el 1 de junio de 2024, y se imprimió en Rivas Vaciamadrid en los talleres de Publi-Print24. Se utilizó papel estucado mate de 115 gr. para el interior y cartulina gráfica de 250 gramos para la cubierta.

FINIS



OPVS